

Gardesboschi, Orsi, Hugues, Schleyer (Frib. Zeit.-Schrift., t. IV, 11-65); Guericke, Einleit. in das N. Testament., p. 483; Windischmann, op. cit., p. 31; Doellinger, obr. cit., p. 104 y sig., etc. Sobre la piedad de Santiago, Hegeipo, ap. Euseb., II, 23; Epifan., hom. xxix, 4; Lumper, t. III, p. 110 y sig., not. m.; Rothe, p. 270; Lechler, p. 170-177. Santiago era llamado el protector del pueblo *ἑκαστος*, y *ὁσῆτας*, *סַבְיָה*, *פֶּרֶוֹחֵי* *כֹּהֵן* *לְאֹהֵי* *וְאֵלֵינוּ*. En esta cuestion: *τις ἢ θύρα Ἰησοῦ*; la palabra *θύρα* se explica ordinariamente por *כַּוְנָה* (en lengua rabínica, estimacion, valor). Sobre el género de muerte que padeció, véase Clemente de Alejandría, ap. Euseb., II, 1. Segun Josefo, Antiq. XX, ix, 1, debió morir el año 62-63, despues de la partida de Festo y la llegada de su sucesor Albino; segun Euseb., III, 11, poco tiempo ántes de la ruina de Jerusalem, hácia el año 69. Sigue á este autor Roth, p. 274 y sig. Pero la mayor parte se deciden por Josefo. Doellinger, p. 103-108; Kessing, De anno quo mortem obierit Jacobus frater Domini, Heidelb., 1857.

Epístola á los hebreos.

36. Por el mismo tiempo (año 63), Pablo escribió á los judeo-cristianos de Palestina, cuyo primer jefe, modelo de firmeza, acababa de morir. A la generacion naciente que se sentía inclinada hácia la apostasia por el odio de los judíos no convertidos y por el temor de ser excluida del templo, San Pablo expone la sublimidad de la nueva alianza y de su sacerdocio, y su superioridad sobre el Antiguo Testamento, donde todo era figurado. Animálos á la perseverancia, á la sumision hácia sus jefes, mostrándoles la recompensa gloriosa que les espera en la otra vida. Los pensamientos de esta Epístola son claramente de San Pablo, si bien se sirvió de otro como intérprete, y especialmente de San Lúcas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 36.

Doellinger, obr. cit., p. 84-86. El autor de la Epístola á los hebreos sería, segun Tertul., De pudic., cap. xx, Bernabé; segun Orig., apud Euseb., VI, 26, y San Jerónimo, Catal., cap. v, el Evangelista San Lúcas.

Cuarto y quinto viaje de San Pablo.

37. El grande Apóstol de las naciones, cuyo celo no conocía limites, había vuelto á comenzar sus expediciones apostólicas. Segun el deseo que había manifestado otras veces¹, visitó probablemente á España, que contenía en muchas de sus ciudades, situadas sobre la costa, prosélitos judíos. Despues volvió á Éfeso, donde habían aparecido algunos herejes, y en seguida marchó á Macedonia y Creta, donde dejó á Tito.

¹ Rom., xv, 24, 28.

Dió á éste, así como á Timoteo, que estaba en Éfeso, instrucciones y consejos sobre la manera de ejercitar el ministerio episcopal, y combatir las diferentes herejías. Detúvose en diversas ocasiones en Corinto y Nicópolis, y despues fué nuevamente preso y llevado á Roma. Este segundo cautiverio romano es mencionado en la segunda Epístola á Timoteo, y fué mucho más riguroso que el primero; prohibiéndose toda comunicacion; cargósele de cadenas, y se le trató como á un malhechor. Convencido de que marchaba á la muerte, y tocando ya á su término, escribió en cierto modo su testamento.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 37.

El viaje de San Pablo á España se deduce de Rom., xv, 24; Clem. Rom., Ep. 1, ad Cor., cap. v; Fragm. Muratori (Rel. sacr., IV, 4); Theodoret, In Ps. cxvi, vers. 1 (Migne, t. LXXX, p. 1803: *καὶ εἰς Ἰσπανίαν ἀπέβητο*), y de otros datos. Baron., an. 61, n.º 2, Natalis Alex., Diss. xv, pr. 1, t. IV, p. 372; Doellinger, p. 80 y sig.; Gams, K.-G. Span., I, t. p. 29 y sig.; Fr. Werner (Esterr. Vierteljahrsschr. f. kath. Theol., 1863, p. 320 y sig.) Sobre los otros viajes y cartas pastorales, Danko, Hist. revel., p. 456; Doellinger, p. 81-84.

38. Casi podría decirse que la actividad prodigiosa de Pablo había relegado á segundo término al príncipe mismo de los Apóstoles. San Lúcas, compañero de San Pablo, no habla sino de él en toda la parte segunda de las *Actas*. Pedro, milagrosamente libre de la prision, había emprendido de nuevo sus apostólicas tareas, empezando por Jerusalem, y había ido á visitar otras comunidades. Estuvo largo tiempo á la cabeza de la Iglesia judeo-cristiana de Antioquia, que en él venera al primer fundador de su fe.

ADICION.

San Pedro funda en Antioquia la primera comunidad cristiana.

Alejados de Jerusalem y dispersos por la persecucion, los cristianos fueron bastante lejos de las fronteras de Palestina, con el fin de no verse expuestos nuevamente á las violencias de los judíos. « Los que habían sido diseminados » por la persecucion emprendida contra San Esteban, « pasaron á Fenicia, Chipre y Antioquia, y anunciaron á los judíos solos la palabra de Jesucristo. » Así, pues, sabemos por las *Actas* que todos los fieles, excepto los Apóstoles, fueron dispersos¹. Millares de cristianos se derramaron sobre el vasto territorio que se extiende desde Jerusalem á Damasco y Antioquia, y otros penetraron en Chipre, estableciéndose en diversos lugares gran número de pequeñas comunidades. Este era el segundo y precioso fruto de la primera persecucion: el Cristianismo se había extendido por toda la Judea y más allá de las fronteras del judaísmo. La

¹ Act., viii, 1, 4; xi, 19.

sangre del primer mártir había llegado á ser fecunda semilla de donde salió innumerable multitud de comunidades cristianas.

Podemos desde luego fijar en el año 35 la llegada á Antioquía de los primeros cristianos dispersos. Pedro, príncipe de los Apóstoles, llegó allí en el año siguiente, que era el cuarto despues de la ascension del Salvador, é instituyó la primera comunidad de judeo-cristianos. Este hecho está mucho mejor atestado que la mayor parte de los otros acontecimientos históricos. Véase aquí lo que leemos en la crónica de Eusebio: «Despues de haber fundado en Antioquía la primera Iglesia, partió Pedro para Roma con el fin de anunciar allí el Evangelio; y habiendo sido el primer Obispo de Antioquia, fué luego el primer Obispo de la Iglesia de Roma.» En su *Historia eclesiástica*, Eusebio designa igualmente á San Pedro como el primer Obispo de Antioquia; á Evodio como el segundo, ó sea el primero despues de San Pedro, y como el tercero á Ignacio 1. En cuanto al año de la llegada de Pedro á Antioquia ó de la fundacion de la primera comunidad judeo-cristiana, Eusebio no lo señala.

Véase, por el contrario, lo que leemos en el *Chronicon paschale*, cuyo autor examinó gran número de fuentes, hoy perdidas, de las que sacó mucho partido: «Los primeros Obispos elegidos fueron: Pedro para Roma; Marcos el Evangelista para Alejandría; Santiago, hermano del Señor, para Jerusalem; Pedro, ya mencionado, primer Obispo de Antioquia.»

A los que objetaren que estas alegaciones deben fundarse en la autoridad precisa de las Actas de los Apóstoles, les exigiriamos previamente que probasen que el autor de las Actas, San Lucas, tenia por objeto investigar las obras de los demas Apóstoles tan minuciosamente como las de San Pablo, de quien era compañero. La mayor parte de los trabajos realizados por aquellos eran desconocidos á San Lucas, y no entraba en su plan relatar todos los detalles de los mismos. Por esta razon sabemos que San Pedro se detuvo en Antioquia y Corinto, no por las Actas de los Apóstoles, sino por las Epístolas de San Pablo, que lo indican accidentalmente. Es probable que San Lucas lo supiese y que no quisiese hablar de ello.

El *Chronicon* fija el bautismo del tesoro de la reina de Candacia en el segundo año despues de la Ascension del Señor, el mismo en que el Centurion Cornelio fué bautizado en Cesárea. Creemos que es demasiado pronto, al menos para el último; en cambio la lapidacion de San Esteban está muy retrasada. Sea cual fuere nuestra opinion, véase aquí cómo se expresa:

«El cuarto año despues de que el Señor subió al cielo, el Apóstol Pedro, venido de Jerusalem, anunció la palabra del Señor en la grande metrópoli de Antioquia, y despues de haber sido promovido al episcopado se estableció allí como Obispo, etc.»

Las *Recognit.* de San Clemente, que datan de la segunda mitad del siglo segundo, atestiguan que en esta época se creía generalmente que Pedro se había detenido en Antioquia 2. Diez mil habitantes de ésta habían sido bautizados por su mano. El ilustre Teófilo (que puede ser el que ocupaba la Sede de Antioquia en tiempo del mismo San Clemente) hizo transformar su casa en Basílica, y allí fué erigida por toda la multitud del pueblo de Antioquia una cátedra á Pedro, *in qua Petro apostolo constituta est ab omni populo cathedra*; cada día afuía allí el pueblo en

1 *Hist. eccles.*, lib. III, ch. xxxvi.

2 *Recognit.* x, 68, 71.

innumerable multitud. Dícese en el *Itinerarium Willebrordi ad Oldenburg: In sancta Ecclesia Antiochie monstratur cathedra sancti Petri* 1.

Segun la opinion tradicional, que ninguna razon suficiente ni autorizada permite rechazar, el episcopado de San Pedro en Antioquia duró siete años, nombrándose entónces un sucesor. Es claro que Pedro no pasó sino una parte de este tiempo en Antioquia, puesto que su viaje apostólico á Palestina y su cautiverio en Jerusalem coinciden con este periodo. Sin embargo, como no había abdicado formalmente la direccion de los fieles de Antioquia, se le consideraba aún como Obispo de esta ciudad. Ciertamente hizo un segundo viaje á Antioquia; pero ignoramos si fué durante estos siete años.

Puede ser que no se equivocase el Obispo nestoriano de Basora cuando dijo, apoyándose en documentos perdidos hoy: «Simon de Bethsaida predicó desde luego en Antioquia y construyó allí una iglesia en la casa de Casiano (en lugar de Teófilo), cuyo hijo había resucitado y permaneció allí un año.» Pedro habría vuelto en seguida á Roma, viviendo allí despues veintisiete años 2.

Lo más importante en el relato de Eusebio se halla en este pasaje: *Ἦρον... τῆρ ἐν Ἀντιόχεια πρῶτη ἀρχιεπισκοπὴ ἐκκλησίας* 3, que ni San Jerónimo ni la version armenia de la *Cybónica* traducen exactamente al decir: *Petrus Apostolus cum primus Antiochenam Ecclesiam fundasset* 4. San Pedro no solamente fundó la primera comunidad cristiana de Antioquia, sino tambien la primera comunidad donde sólo hubo judíos de nacimiento. No es esto una comparacion entre Pedro y Pablo, sino entre la primera comunidad judía y las que se establecieron despues, compuestas de paganos convertidos. Esta observacion fué hecha por J.-I. Ritter mucho ántes que por nosotros: en Antioquia, dice, hubo una doble institucion; la primera, creada en el año 36, inmediatamente despues de la persecucion de Jerusalem, era una comunidad de judíos de nacimiento, y es verosímil que Pedro fué delegado con este fin, lo mismo que lo fué en Samaria, á menos que no se presentara allí espontáneamente; la segunda, que era una comunidad de paganos convertidos, fué establecida hacia el año 39 y organizada por Pablo y Bernabé 5.

A la antigüedad de esta fecha, fijada para el episcopado de San Pedro en Antioquia, no puede oponerse más que una dificultad aparente, sacada de las Actas de los Apóstoles, donde se dice que despues de la persecucion de Esteban, todos los cristianos, excepto los Apóstoles, fueron dispersados de Jerusalem; pero se puede interpretar este pasaje en el sentido de que no quedó en Jerusalem sino la mayoría de los Apóstoles, ó bien que éstos, despues de momentánea ausencia, volvieron á Jerusalem y tenían allí su ordinario domicilio. Ahora bien; esta última suposicion es real en lo que concierne á Pedro, porque se hallaba en Jerusalem cuando San Pablo fué á visitarle por la vez primera 6; y tambien cuando los Apóstoles le enviaron con Juan á Samaria y salió de Jerusalem para ir á Lido, Jafa y Cesárea, de donde volvió á Jerusalem.

1 Cotellier, *ad hunc locum*. — Sepp, siguiendo á Baronius y otros, atribuye esta construccion á Teófilo, *Hist. des apotres*, p. 111. — *Gesta Dei per Francos*, IV, ix.

2 Salomonis, *episcopi Bussorensis, liber Apis*. — *Syriac. arabicumque text. veritit J.-M. Schenckelii*, Bamberg, 1866, cap. XLVIII, *De praedic. apostoli*.

3 Eusebii, *Chronicon*, libri II, *Chron. canonum quae supersunt*, ed. Alf. Schöne. Berolini, 1866.

4 Leon I tradujo así: *Jam antiochenam Ecclesiam fundaverat (In natal. Apostoli.)*

5 Sobre el episcopado de San Pedro en Antioquia, véase la *Revue de philosophie et de théologie catholique*, libr. 66, p. 161 (año 1848), Ritter, *Hist. eccl.*, p. 51, 5.ª edicion.

Act., ix, 27; *Gal.*, i, 18.

En fin, en Jerusalem se hallaba también cuando fué hecho prisionero por Agripa. Ahora bien; puesto que en las actas se dice que Pedro había visitado todas las comunidades cristianas, comenzando por las de Judea, Samaria y Galilea ¹, es muy natural el concluir que visitó también más tarde ó más temprano la de Antioquía, nacida después de la dispersión de los judíos jerosolimitanos. Así, pues, cuando los Apóstoles, noticiosos de que el Evangelio se había extendido en Samaria, enviaron allí á Pedro y Juan ², Pedro, que se encontraba ya en esta ciudad, no tenía necesidad de ser enviado; ó, si se admite que esta misión tuvo lugar el año 35 ó 36, puede creerse que continuó su misión yendo de Samaria á Antioquía. — (*Nota del traductor francés*).

38. Es antigua tradición, no contradicha por las Actas de los Apóstoles, que San Pedro fué á Roma durante el reinado de Cláudio. Pero nada se dice de Pedro después del bautismo de Cornelio hasta ser encarcelado por Heródes Agripa ³, lo que puede abarcar un intervalo de cerca de tres años. Después de puesto en libertad no habla de su partida para otro sitio ⁴, sino para mencionar su presencia en el concilio de los Apóstoles ⁵. Si Teófilo, á quien San Lucas dedicó su narración, vivía realmente en Roma, si San Lucas mismo escribió en esta ciudad, no tuvo ocasión de hablar extensamente de San Pedro; acaso quería usar de prudencia. Cuando San Pablo escribió á los romanos, San Pedro había ya trabajado entre ellos.

Bajo la influencia de éste, San Marcos escribió su Evangelio para los fieles de Roma, fijándose sobre todo en los hechos, y comenzando en el bautismo de San Juan. Dirigíase principalmente á los paganos convertidos. El mismo San Marcos fué de Roma á Alejandría, donde no tardó en surgir una Iglesia floreciente, que se gloraba en deber su origen á San Pedro por medio de San Marcos. Mientras que este último permanecía á su lado, San Pedro escribió desde Roma á diferentes comunidades, compuestas en su mayoría de paganos convertidos, ó sean las de Ponto, Capadocia, Galacia, Asia y Bitinia, de las que gran número habían sido fundadas por San Pablo. En esta primera Epístola, llena de los más magníficos pensamientos, les exhorta á la firmeza y perseverancia en las persecuciones que ya habían estallado, y en las que les aguardaban. Después de un intervalo bastante largo, les envió su segunda Epístola para prevenirlos contra los herejes que iban apareciendo entre ellos, y para darles su adiós, previendo ya próxima su muerte. Las diferencias que en otro tiempo existían en las Iglesias, y que habían excitado el celo de San Pedro, habían desaparecido hacia mucho tiempo;

1 *Ἀπερχόμενοι διὰ πάντων* (Act., ix, 32)

2 Act., viii, 14.

3 El P. Gams, *Saint Pierre et Saint Paul, année de leur martyre*.

4 Act., xi, 18; xii, 13.

5 *Ibid.*, xv, 7.

por todas partes reinaba la concordia entre los Apóstoles, y no se halla vestigio alguno de lo que más tarde se llamó petrinianos y paulinianos.

ADICION.

San Pedro hizo el viaje á Roma por lo menos dos veces; una reinando Cláudio, y otra en tiempo de Neron. Encontramos la prueba de esto en el testimonio de Rusebio; en la duracion de veinticinco años que se atribuye á su episcopado en Roma, el cual difícilmente podría colocarse en el reinado de Neron; en la fiesta que se celebró desde el principio bajo el título de *Cathedra sancti Petri*, qua primum Roma sedit, mientras que la que se celebraba en Antioquía el 22 de Febrero solamente se intitulaba: *Apud Antiochiam cathedra sancti Petri*. Recuérdese también el título análogo dado á la festividad que se celebra en Roma en la octava de la fiesta de los Apóstoles Pedro y Pablo, con el nombre de *Primera entrada del Apóstol San Pablo en Roma* ¹.

Se ha creído por mucho tiempo que el viaje de San Pedro á Roma había sido efectuado el año 44, porque en las Actas de los Apóstoles sigue inmediatamente, al relato de la muerte de Agripa, el de la persecucion de la Iglesia y prision de San Pedro. Pero en primer lugar San Lucas de ninguna manera dice que su muerte ocurriera inmediatamente después, y en segundo el mismo Lucas coloca unos en pos de otros hechos que se relacionan entre sí, sin cuidarse del orden cronológico. De esta suerte cuenta el primer viaje de San Pablo á Jerusalem como si hubiese tenido lugar después de la huida de Damasco, aunque medió un intervalo de tres años. Si en el caso presente cuenta la persecucion inmediatamente después de haber hablado de la muerte de Agripa, es porque ésta tuvo lugar en la época del segundo viaje de San Pablo á Jerusalem que está relatando ²: «Al punto, dice, el Angel del Señor hirió de muerte á Agripa porque no había querido dar gloria á Dios ³». No dice que el Angel del Señor le hirió *al punto* porque persiguió á la Iglesia. Deducir siempre del crimen el instantáneo castigo es raciocinar falsamente; Dios, para castigar así como para recompensar, dispone á la vez del tiempo y de la eternidad.

Los antiguos ⁴ siguen la opinion de que Pedro hizo el viaje á Roma en tiempo de Cláudio con el fin de perseguir á Simon Mago. Nos parece que esto es interpretar algo cándidamente el providencial viaje del príncipe de los Apóstoles.

Si se dirigió á la capital del mundo pagano fué impulsado por el Espíritu Santo, y porque Dios tenía destinada de antemano esta ciudad para convertirse en la metrópoli de un imperio espiritual que iba á abarcar el universo entero; de suerte que, según la hermosa frase del Papa Leon I, los límites de su poder espiritual se extienden mucho más allá de las fronteras de su autoridad temporal ⁵.

1 Véase los Bolandos acerca del 21 de Julio, y el doctor Windischmann, *Vindicia Petrina*, Ratib. 1836, p. 114. Weiseler, p. 129; Pressensé, *Les trois premiers siècles*. — Hako, en sus *Actas des apôtres*, 1867, se decide por el año 44.

2 Act., xi, 39; xii, 1, 25.

3 Act., xii, 23.

4 Hier. *De vir. illustr.*, cap. 1, *Ad cognoscendum Simonem Magum Romam pergit*. Cons. Rusebio, II, xiv.

5 Regia per sacram beati Petri Sedem caput orbis effecta, latius praesideres religione divina, quam dominatione terrenas; *Sermo Leon. I, in natali ap. Petri et Pauli*.

Algo más tarde, y casi en la misma época que el viaje de San Pedro á Roma, la *Crónica* y la *Historia eclesiástica* de Eusebio señalan la eleccion del primer Obispo de Antioquia, Evodio (es decir, del segundo contando á San Pedro). Ahora bien, es claro que si despues de puesto en libertad, San Pedro hubiese permanecido en aquella ciudad, si no hubiese hecho más que un mero viaje de mision, del cual hubiera vuelto en seguida, no se habria nombrado en su lugar un segundo Obispo. Si se le dió un sucesor, es porque estaba lejos y ausente por largo tiempo.

Sin embargo, las Actas de los Apóstoles, despues de haber dicho que fué libertado por ministerio de un ángel, añaden sencillamente: «Se volvió á otro sitio 1.» ¿Por qué no nombran este sitio? Si San Lucas habia eserito sus Actas en el año 67, y no, como es probable, en el 63, cuando Pedro vivia aún, cuando ya se habian visto y debian verse todavia sangrientas persecuciones, seguramente habria dicho: «Pedro volvió á Roma.» El bienaventurado Apóstol, en posesion desde entónces de la celeste felicidad, no habria corrido peligro alguno. No era así en el año 63; la revelacion de su residencia hubiera comprometido gravemente su vida, y la Iglesia misma hubiera estado expuesta á perder su Jefe. Ciertamente, los cristianos sabian bien dónde estaba; pero dar á conocer el secreto hubiera sido de su parte gran imprudencia. Una especie de disciplina arcana impedía, mientras vivió San Pedro, dar á conocer su residencia. Despues que Dios habia accedido á las oraciones de la Iglesia y conservado su vida por medio de un milagro tan grande, no debia considerarse lícito revelar el lugar de aquella 2.

Como la persecucion misma tenia una causa y carácter local, y las narraciones que la extienden fuera de Roma (tal como la *inscripción española* 3, segun se la llama) son manifiestamente falsas; creemos que se redujo al recinto de la ciudad, pero que San Pedro perdió en ella la vida. Nada conocemos más preciso sobre los principios de la persecucion. Tácito mismo la fija en el año 64, y es preciso admitir, por lo ménos, que comenzó en este año. San Pedro fué una de sus últimas víctimas y la más noble de todas.

1. San Clemente de Roma, exhortando á la paz á los Corintios obstinados, les presenta como modelos á los Apóstoles San Pedro y San Pablo. Este recibe mayores elogios, pero San Pedro es nombrado el primero. Dirijamos los ojos, dice, sobre los Santos Apóstoles: ¿no se debe por ventura á injustísimo odio el que Pedro fuera expuesto á continuos combates, y que despues de haber sufrido martirio haya ido á tomar posesion de la gloria debida á sus trabajos 4? De San Pablo dice que fué martirizado por los poderosos, «los jefes,» ἡγεμόνων. Si con esta palabra se designa á los pretores (los cuales habrian en este caso dictado una sentencia regular), ó bien á los lugartenientes de Neron durante su viaje á Grecia, en 67, que es la comun y natural explicacion, el género, así como la época de su martirio, serian diferentes (los mártires del 64 fueron ejecutados sin formacion de proceso); y como San Pablo llegó hasta las fronteras de Occidente, su muerte habria tenido lugar más tarde.

2. El autor del Fragmento de los libros canónicos del Nuevo Testamento (hácia el 165 despues de J. C.), dice que San Lucas, autor de las Actas de los

1 Act., XII, 17. Meyer, p. 251. Baumgarten, t. 1, p. 287. Segun Cornelio á Lapidio, Pedro recibió del cielo la órden de ir á Roma. Hake, p. 105-106.

2 El P. Gams, *Saint Pierre et Saint Paul, année de leur martyre*.

3 Gams, *Hist. de l'Espagne*, t. 1, 367.

4 *I Ad Cor.*, v.

Apóstoles, ha terminado esta obra sin haber anunciado aún el martirio de San Pedro y el viaje de San Pablo á España, *semote* (semota?) *passionem Petri, sed et profectorem Pauli ab Urbe ad Spaniam profectiscentis*. ¿Por qué no coloca el martirio de San Pablo al lado del de San Pedro? La respuesta más sencilla y natural está en decir que la narracion del fin de las Actas coincide con dos acontecimientos que están más cerca uno de otro que el martirio de los dos Apóstoles; estos dos acontecimientos son el martirio de San Pedro y el viaje de San Pablo á España 1.

3. Dionisio de Corinto (hácia el 170) narra lo que sigue en su carta á los romanos: «Los dos (Pedro y Pablo) llegaron á nuestra Corinto, y derramaron la semilla de la doctrina cristiana. Uno y otro llegaron igualmente á Italia, y despues de haber sido vuestros maestros, fueron martirizados en este tiempo, ἡμαρτήσαντες κατὰ τὸν ἕρπον. 2. Traducir este pasaje en latin por las palabras *eadem tempore* seria no solamente inexacto, sino erróneo, aunque *eadem tempore* no signifiqué «el mismo día,» sino «el mismo año,» sobre todo en el pensamiento de un escritor que vivía un siglo más tarde. Cuando decimos, por ejemplo, que tales y tales murieron durante la persecucion de Diocleciano, ó en el tiempo de esta persecucion, sabemos muy bien que puede haber gran distancia entre estos diferentes martirios.

Esta locucion «hácia el mismo tiempo» es aún más vaga y admite mayor intervalo. Lo cierto es, sí, que no significa *el mismo año y el mismo día de este año*, pues de otra suerte Dionisio habria escrito: τῆ αὐτῆς ἡμέρας καὶ ἐν τῷ αὐτῷ ἐνιαυτῷ.

4. En el reinado de Neron no conocemos más que una persecucion contra los cristianos; en ninguna parte se habla de otra segunda. Si se ha admitido, ó más bien, imaginado otra, es porque se ha creído que San Pedro y San Pablo habian sido martirizados juntos en el año 67. La presençia simultánea de los dos mártires en Roma es la causa única que ha hecho admitir esta segunda persecucion. Una opinion sin fundamento ha servido de base á otra insostenible. Ahora bien, San Pablo no fué víctima de la verdadera y única persecucion neroniana, porque estaba ausente de Roma y se ignoraba sin duda su residencia; en todo caso hallábase muy distante de Roma para que se dirigiera contra él la acusacion de incendiaria, mientras que San Pedro, que se hallaba allí, fué arrastrado por la tempestad y perdió la vida. Todo se explica, pues, naturalmente. Tácito mismo, al decir que algunos cristianos fueron crucificados, *patibulo affixi*, confirma indirectamente el género de muerte que sufrió San Pedro y que el Señor le habia predicho. Sabía que habia de llegar á una edad avanzada y que su muerte seria semejante á la «Pasion de Cristo,» como dice Tertuliano. Si se pretendiera que la muerte de San Pedro ocurrió en el año de 66 ó 67, seria preciso suponer una cautividad de muchos años ó admitir sin motivo una segunda persecucion.

5. El *Catálogo del Papa Liberio*, llamado así porque llegó hasta el 354, y es el más antiguo de todos los que hay acerca de los Papas, dice así sobre San Pedro: *Petrus annis viginti quinque, mense uno, diebus novem. Post temporibus Tiberii Caesaris et Caii, et Tiberii Claudii, et Neronis; a consulatu Vinicii et Longini usque Neronis*

1 Esta coincidencia sería más perfecta aún admitiendo que San Pablo no llegó á Roma sino en la primavera del año 62 y fué libertado de su cautiverio en la primavera del 64. Pero en este caso, su cautividad en Cesarea habria durado tres años, lo que es contrario al texto de las Actas.

2 Euseb., *Hist. eccl.*, II, XXV. — Últimos viajes de San Pedro y San Pablo, segun Clemente de Roma y Dionisio de Corinto. — *Revue trim. de Théol.*, 1830, art. de Wecher.

et Veteris (Nervae et Veri, dice el manuscrito de Boucher). Passus autem cum Paulo die tertia calendis Julias Consulibus I. I. imperante Nerone 1.

Sin duda no podemos saber si San Pedro fué martirizado al mismo tiempo que San Pablo; lo que sí sabemos es que ejerció el soberano Pontificado bajo cuatro emperadores, que admitiendo como válido el testimonio de la antigüedad, el Salvador murió el año 29 en el consulado de Rubelio Gémino y Fusio Gémino, y que San Pedro empezó á gobernar la Iglesia el 30, siendo cónsules Vinucio Cuartino y Casio Longino. En el año 66 ejercían el consulado L. Telesino y Gayo Suetonio; en 67 Pontayo Capito y Julio Rufo. Diez años despues se ve figurar un consulado con el título de *Neronis et veteris*, pero hay que leer, sin duda alguna, *Nervae et Vestini*, porque los cónsules del año 65 eran Licinio Nerva, Siliano y Vestino Atico, á los cuales suceden en 1.º de Julio Claudio Laterano, asesinado ántes de empezar su cargo, y Aniano Cereal.

Esta version defectuosa, *Neronis et Veteris*, puede atribuirse á error de los copistas. Sin embargo, el autor habla con exactitud al indicar el año 90 como el primero del reinado de San Pedro en Roma, por lo cual creemos que es tambien exacto cuando señala como el último el 65, tanto más, cuanto que las otras investigaciones conducen á este resultado. Sin poder adoptar todas las indicaciones del Catálogo, seguimos la máxima de examinarlo todo y admitir lo que no ofrezca duda. Creemos, pues, en la exactitud de la fecha, bien sea que el autor la haya calculado por sí mismo, ó bien la haya encontrado escrita en alguna parte.

6. Véase aquí lo que se lee el día 14 de Marzo en el pequeño Martirologio romano (llamado el *Perennium* de Adon, que nos lo ha conservado): *Romae, martyrum quadraginta et octo, qui baptizati sunt a beato Petro apostolo, cum teneretur in custodia, qui omnes Neronis gladio consumpti sunt*. Estos cuarenta y ocho eran sin duda catecúmenos, que cayeron lo mismo que San Pedro, víctimas de la persecucion del 64 al 65. Pedro estaba, pues, en prision á la vez que gran número de cristianos, y por consecuencia, no es posible fijar su muerte despues del año 65, á ménos que se admita sin motivo que había entrado clandestinamente en la prision y salido de allí despues de haberles administrado el bautismo, explicacion que haría sonreír á la mayor parte de los lectores. Es mucho más sencillo admitir que á la sazón sufría él con los demas cristianos el último cautiverio, y que esta vez no fué librado como lo había sido veinticuatro años ántes por un ángel del Señor, porque había terminado su carrera terrenal y cumplido la obra que el Señor le había encomendado. Llegado á la vejez, era tiempo de que extendiese sus manos: otro vino que las ligó y le condujo allí donde él no podia ya ir 2 (por sus fuerzas naturales).

Ninguna razon hallamos para dudar que San Pedro fué martirizado el 29 de Junio (65). El oficio de este día es el suyo y no el de San Pablo, lo que quiere

1 F. Kunstmann, *l'Épiscopat de l'apôtre saint Pierre à Rome, d'après le plus ancien catalogue de l'Église rom.*, en las *Revue hist.*, 1857. — *Origines de l'Église de Rome, par les membres de la communauté de Salesmas*, Paris, 1890, t. I, p. 10. — *Fuisti consularis.* — *Romanorum Recog.*, J.-G. Baiterus, Tur., 1827 (t. VIII op. Cicero's, ed. Orelli). Th. Lewin, *Chronology of the New Testament*, (69 años de J. C. á 70 despues de J. C.) Kunstmann fija la muerte de los Apóstoles en el año 65; Lewin coloca la de San Pedro en el mismo año, y dice con nosotros que en «la relación (de San Clemente) la muerte de San Pedro precede á la de San Pablo»; señala á la primera la fecha de 13 de Octubre del 65, y á la segunda la de 29 de Junio de 66; así, pues, ámbos habían muerto en el año 12 del reinado de Neron (p. 337 y 341). Cf. Orosio, VII, vii; Sulp.-Sév., II, xli-xlii; Tertul., *Præscript.*, cap. iii; Eact., *De morte persece.*, cap. ii.

2 *Joan.*, xxi, 18.

decir que si en él no se celebraba antiguamente la memoria de San Pablo, siempre se celebraba la de San Pedro, y ningun dato indica que haya sido jamás celebrada en dicho día.

Pero entónces la cautividad de San Pedro ha debido ser bastante larga, prolongándose por lo ménos desde el 14 de Marzo hasta el 29 de Junio. Créese generalmente que duró nueve meses. Podemos suponer que sus perseguidores tardaron largo tiempo en descubrirlo, y que no queriendo los cristianos manifestar el lugar de su morada, fué preciso recurrir á muchos tormentos para averiguarla; que aquellos le rogaron y conjuraron para que permaneciese oculto el mayor tiempo posible, pues siendo tan calamitosa la época, los fieles tenian suma necesidad de su apoyo; que tomase todas las medidas para no ser descubierto; que se mantuviese ignorado al ménos por algun tiempo, que cambiase á menudo de residencia, cuando se esperaba á fuerza de tormentos y torturas arrancarle declaraciones, tanto más preciosas, cuanto que era la cabeza de la Cristiandad. Fueron presos, dice Tácito, aquellos que se habían manifestado cristianos, y mediante sus declaraciones, inmensa multitud fué convicta de Cristianismo. Ignoramos los detalles de la persecucion; pero es muy posible que la residencia de San Pedro fuese revelada por algun cristiano pusilánime muchos meses despues de haber estallado la persecucion.

En cuanto á San Pablo, Félix le había retenido por mucho tiempo prisionero, esperando obtener de él un buen rescate. La opinion de que los cristianos nadaban en riqueza, es tan antigua como la Iglesia; los paganos no podían explicarse de otro modo los prodigios de su caridad. La idea de que los cristianos salian todos de las clases más pobres, es una preocupacion. Ahora bien: la comunidad de Roma era la más rica de todas, y véase aquí el testimonio que da de ello Dionisio de Corinto: «Siempre ha sido costumbre vuestra prestar á los hermanos todos los servicios imaginables, enviar subsidios á las iglesias de todas las ciudades y dulcificar de esta suerte la pobreza de los desdichados; siempre habeis enviado socorros á los hermanos condenados á las minas 1; esta es una costumbre que los romanos han heredado de sus padres.» La caridad de la Iglesia con las Iglesias pobres y con sus propios hijos es tan antigua como la Iglesia misma 2. Neron y sus satélites no lo ignoraban. Extraños al espíritu de beneficencia cristiana, llegaron á creer que los cristianos poseían inmensas riquezas, y que sería posible arrancar á su jefe San Pedro sumas considerables.

En esta época, Neron necesitaba dinero, mucho dinero. En cuanto á los bienes de los cristianos condenados á muerte, era natural que fuesen confiscados. Cuando se martirizaba á tantos millares de hombres de un modo tan bárbaro, ¿cómo era fácil que por sentimiento de justicia ó de humanidad se dejase pasar su fortuna á herederos *ab intestato*?

Todo esto parece muy creible cuando se piensa en las depredaciones sin límites cometidas en Italia y el Imperio, con el fin de reconstruir á Roma. «Entre tanto (durante la manzana de los cristianos), Italia fué aniquilada, las provincias quedaron exhaustas. Los dioses mismos se dejaron robar. En Roma fueron

1 San Clemente halló en el Quersoneso, donde había sido desterrado, 2.000 cristianos destinados á la misma suerte; porque bajo el Emperador fueron condenados muchos cristianos á las minas, *ad metallum*. Hemos visto que 4.000 judíos jóvenes habían sido desterrados á Cerdeña. Marcia, mujer de Commodus, rescató á los cristianos desterrados á Cerdeña. (*Phil. Orig.*)

2 Dollinger, *Hippol. et Callixte*, p. 121.]

— Dollinger, *apud Euseb.*, IV, 23. G. Phillips, *Derecho eclesiástico*, t. VI, p. 17.

despojados los templos, y se sacó de ellos todo el oro que el pueblo romano, en la prosperidad y durante largo tiempo, había depositado allí... En Asia y Acaya, no solamente fueron robados los ornamentos de los templos, sino también las estatuas de los dioses 1. »

Orígenes es el primero que dice que San Pedro fué crucificado con la cabeza abajo. Preferimos voluntariamente la versión de Tertuliano, que dice solamente que San Pedro fué semejante al Señor por sus sufrimientos 2. El intervalo de 150 años y de cuatro generaciones que separa á Orígenes de la crucifixión de Pedro nos parece muy considerable, y la tradición verbal siempre se inclina á los extremos.

San Clemente de Roma, lo mismo que Dionisio de Corinto y Muratori en su Fragmento, nada dicen del género de sufrimientos que experimentó San Pedro. En este punto, la fuente primitiva y la mejor es el Evangelio de San Juan: « El Señor indicó por qué clase de muerte él glorificaría á Dios 3. » Aquél á quien se crucificaba extendió sus manos; otro lo ataba y conducía á donde ya no podía ir. — Puede ser que el Evangelio de San Juan fuese escrito diez años solamente después de la muerte de Pedro, y hay muchas razones para creer que la colección de los escritos del Nuevo Testamento es obra de este Apóstol, porque siempre ha puesto sus propios escritos en el último rango, tanto por modestia, sin duda, cuanto porque habían sido compuestos los últimos.

Solamente al cabo de tres siglos, y gracias al *Catálogo de Liberio*, es como sabemos que San Pedro fué durante veinticinco años Obispo de Roma, y á fin de dar más peso á su testimonio, completó los veinticinco años añadiéndoles un mes y nueve días. Estaríamos más dispuestos á creerle si hubiese dicho veinticuatro años, un mes y nueve días. San Jerónimo dice veinticinco años en cifra redonda; y Rufino, historiador más exacto, da, como verdadera fecha, veinticuatro años. La versión armenia de Eusebio se pone más acá de la verdad, no fijando sino veinte años. Este complemento de un mes y nueve días despierta dudas. ¿Dónde comienza este cálculo? Por lo común se comienza en la toma de posesión de la silla ó en su elección. Ahora bien: la silla no estaba erigida aún, la comunidad romana no se había reunido todavía, y en cuanto á la elección, Dios mismo se había encargado de ella. ¿Dónde comienza, pues, el cálculo? ¿En la resolución de San Pedro de ir á Roma? ¿En el principio de su viaje, en su llegada á Roma? Pero como no había aún comunidad romana, sería preciso decir que San Pedro tomó nota del día de su llegada y que en seguida lo manifestó á los otros. Todo esto, como se ve, es bastante incierto é inverosímil. No podríamos, pues, admitir esta versión, porque es á la vez demasiado exacta y demasiado tardía.

La fecha de veinticinco años, por el contrario, no es de manera alguna inexacta; no descansa en la tradición, sino en el cálculo. Parece que lo más justo sería admitir con Rufino los veinticuatro años.

1 Sueton., *Nero*, xxxvii. Dio Cassius, lxxii, pár. 8. En 67, Neron extendió sus dilapidaciones hasta Grecia y quitó 500 estatuas del templo de Delfos solamente. *Pausanias*, vi, xxv, 5; xvi, 3; ix, xxvii, 23; x, vii, 1. Dio Cassius, lxxii, 8; xi, 15. Sueton., *Nero*, xxxii; Tacit., *Annal.*, xv, xlv; xvi, xliii; *Agricol.*, vi.)

2 Orig., *apud Euseb.*, iii, i, (ii, xxv). — (Pseudo-) Tertull., *De praescript.*, cap. xxxv; *Adv. Gnost.*, *scorp.*, cap. xv. *Petrus ab altero cingitur, cum cruce adstringitur*. Lo mismo Euseb., *De monstr. evang.*, iii, iii (cf. *Epiph.*, *Haer.*, xxvii; *Oras.*, vii, vii).

3 *Juan.*, xxi, 18-19.

Los siete del episcopado de San Pedro en Antioquia pueden colocarse ya entre el año 33 (34) y 41, ó ya entre los años 36 y 43. El primer año fué á Antioquia por la primera vez y en 43 se le dió por sucesor á Evodius, sin duda después que hubo manifestado en Roma que no podía volver á Oriente y dedicarse á la Iglesia de Antioquia.

La opinión de que San Pedro fué martirizado lo mismo que San Pablo, en 67, ha encontrado serias dificultades: léase que San Pedro y San Pablo habían sido martirizados el mismo día, pero se olvidaba desde luego que no era en el mismo año. Esta distinción es, sin embargo, esencial; ciertamente fué el mismo día, pero no el año mismo. Y como las fiestas de la Iglesia no se celebran según los años, sino según los días, y la solemnidad de ambos Apóstoles debía caer el 29 de Junio, nada era más fácil que concluir que habían muerto el mismo día de igual año.

Hállase además que el pontificado de San Lino, primer sucesor de San Pedro (seguiremos aquí el órden cronológico; San Lino, 68-80; Cleto ó Anacleto y no Anacleto, 80-92; San Clemente, 92-101) había comenzado en 68, y que no podía haber seguido la vacante de tres años (65-68). Sin embargo, se han visto también en tiempos posteriores largas vacantes, como corrieron entre la muerte de Clemente V (29 Abril 1314) y la elección de Juan XXII, coronado el 5 de Diciembre de 1316, tres años ménos cuatro meses. Ahora bien, si San Lino fué Papa á principios del 68, el intervalo no es considerable. También hubo, bajo las grandes persecuciones de Decio, Valeriano y Diocleciano, largas vacantes, que la incertidumbre de la cronología no permite precisar. La Iglesia romana, que no había hecho aún elección papal, no podía hacerla en tiempo de Neron; por lo demás, el cofundador de la Iglesia romana, San Pablo, estaba aún allí, y mientras él viviese, se podía fácilmente carecer de un sucesor. Siendo discípulos de San Pablo los dos Papas Lino y Clemente, su elección autorizaba para concluir que la influencia del espíritu del Santo Apóstol predominaba en la comunidad de Roma 1. — (*N. del t. f.*)

1 El P. Gams, *Saint Pierre et saint Paul, anné de leur martyre*, en alemán y en francés (Ratisbona y París, Gaume).

J.-G. Walch ha enumerado en su *Bibliotheca theolog. selecta*, t. III, p. 457, los autores que han escrito contra la residencia de San Pedro en Roma. Véase también P.-F. Foggini, *De romano dice Petri itinere et episcopatu, usque antiquissimis imaginibus exercitationes historice*, Flor., 1741. (En sentido contrario, J.-C. Leo, *Comm. de Petri itinere et episcopatu*, á Foggini, *super vindicato*, Leips., 1743.) Cortesius, *De rom. itinere passisque principiis Apost.*, Romae, 1770. Herbst, *Sur le séjour de Pierre á Rome, en la Revue trimest. de Tub.*, 1820, p. 567-626. *Voyages et destins derniers des apôtres Pierre et Paul, d'après Clement de Rome et Denis de Corinthe*, ibid., 1830, p. 621-648. Stonglein, *Sur les 25 années d'épiscopat de saint Pierre á Rome*, ibid., 1840, p. 291-281, 425-663, (con indicación de numerosas obras). Windischmann, *Vindictae Petricae*, Ratisb., 1836. *Origines de l'Eglise romaine*, por los miembros de la comunidad de Solesmes, París, 1836. Ginzel en la *Revue théol.* de Pletz, año XI. *Sur l'épiscopat de Pierre á Antioche, en la Revue philos. et théolog.* de Bonn, n.º LXVI, p. 161. Hagemann, *l'Eglise romaine*, Frib., 1864. Dollinger, *Christianisme et Eglise*, p. 95-103. Fr. Kunstmann, *l'Épiscopat de l'apôtre saint Pierre á Rome d'après le plus ancien catalogue de l'Eglise romaine*, en las *Feuilles histor. et polít.*, t. XL, p. 585-599. Alliez, *The See of S. Peter*, Lond., 1866. Dominico Bartolini, *Sopra l'anno 67 dell'era volgare, se fosse quel del martirio dei gloriosi principi degli apostoli Pietro et Paolo; osservanz. storico-cronologiche*, Roma, 1866, p. 47. Herman Vicari, arch. de Frib., *la Papauté dans l'histoire: á l'occasion du 18 centenaire du martyre de saint Pierre*, 1867. Ch. Brandes, *Saint Pierre á Rome et Rome sous Pierre; écrit festival*, Einsiedeln, 1867.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 38.

Ord. Vital, lib. II, cap. v, p. 117 et seq.

Sobre la primera visita de las Iglesias por San Pedro, Act., ix, 32. San Crisóstomo, dice (Hom. xvi in Act., n.º 2; Migne, t. LX, 165): *καθάρως τις σπαρτήρις, παρὰ τῆς ἁγίας τῶν ἐκκλησιῶν. Joc., Amphil., q. XLIII, cap. vi, p. 309; q. CXXVIII, p. 204: καθαρῶς τῶν.*

Sobre el episcopado del Apóstol en Antioquia, Euseb., Chron., lib. II, ed. Schæne, Berol., 1866, p. 152; Hist. eccl., III, 36, coll. c. xxii; Hier., De vir. illustr., cap. i; Chrys., Hom. in inscript. Act., II, n.º 6 (Migne, t. LI, p. 86 et seq.); Leo M. Serm. LXXIII, cap. v; Greg. M., lib. VI, ep. xxxvii; Ritter, Bonner Ztschr. f. Phil. u. kath. Theol., n.º LXVI, p. 161.

Pischler (Gesch. der kirehl. Trennung, II, p. 620 y sig.) intenta inútilmente desacreditar los testimonios sobre la residencia de San Pedro en Roma, en tiempo de Cláudio. Véase Euseb., Chron., loc. cit., p. 152; Hier., loc. cit.; Oros., lib. VII, cap. iv, 6; Chrys., Hom. II in Rom., I, viii, n.º 1 (Migne, t. LX, p. 602). Las palabras de Lactancio, *De morte perséc.*, c. II, sobre la segunda residencia de San Pedro en Roma, no excluyen la primera. Es verosímil que Pedro abandonó á Roma, cuando Cláudio arrojó de allí á los judíos (Sueton., In Claud., cap. xxv, col.; Act., xviii, 2), para volver á Antioquia y á Jerusalem. Sobre los trabajos de San Pedro en Roma, véase Mamachi, Ant., lib. IV, part. II, cap. i, § 5; t. V, p. 282; Foggini, De romano D. Petri itinere et episcopatu, Flor., 1741; Windischmann, Vindicæ petrinæ, Ratisb., 1836; Patrizi, De evang., lib. I, cap. II, número 23 et seq.; S. Sanguinetti, De Sede romana B. Petri Com. hist. crit., Roma, 1867; Doellinger, p. 95 y sig.; Hundhausen, Commentar. z. I Brief Petri, Maguncia, 1873, p. 16 y sig. 21 y sig. Sobre Marc. y su Evang., Papias, Clem. de Alej., Euseb. II, 15, 16; VI, 14; III, 39.

Inférese de Eusebio, II, 24, que San Márcos sufrió martirio con San Pedro. Aniano le sucedió en Alejandría. Véase además Iren., III, i, 1; Clemente de Alejandría, Op., II, p. 1007, ed. Potter.; Epiph., Hom. LI, 6; Hier., Cat., cap. viii; Niceph. Call., II, 15. La Babilonia de Pedro, v. 13, no es: 1.º la Babilonia sobre el Eufrates (como lo pretenden Cosme Indicopl., lib. II; Véase Migne, t. LXXXVIII, p. 114; Erasmo, Calvino, Gerhard, J. Scaligero, Basnage, Steiger y algunos modernos); 2.º ni la nueva Babilonia de Seleucia sobre el Tigris (Michaelis); 3.º ni la Babilonia de Egipto, no lejos de Menfis (Pearson, Wall, Horn, etc.); 4.º ni Jerusalem (Spannheim, Harduino); es: 5.º Roma misma, que es llamada así en sentido figurado, como lo atestigua ya Papias, según una antigua tradición (Euseb., II, 14), y como enseñan ó lo indican los demás Padres (Tertull., Adv. Jud., c. ix; Contra Marc., III, 13; Aug., Civ. Dei, XVIII, II, 1; Hier., loc. cit., Ep., xli, ar. 17, lib. II; Contra Jovin., Catena gr., ed. Cramer, Oxon., t. VIII, p. 82; Beda, Comm. Theophyl., etc.). Esta era también la opinion en la Edad media (por ejemplo, de Gerhard, De investig. Ant., lib. I, III, 31, p. 19, 71, ed. Lentii, 1875). Es cierto que á Roma se la llama así en el Apoc., xvii, 5, 18; Orae Sibyl., V, 143, 168 y sig. Por lo demás este título convenia á la ciudad universal. (Véase Tácito, Annal. XV, 44); y sobre todo estaba bien en boca de los judíos (Buxdorf, Lexic. chald. talmud., Basil., 1640, p. 2230 y sig.; Otto, Lex rabbinico-philol., Ginebra, 1675, p. 523). La mención de Márcos y de «Ecclesia collecta» convienen perfectamente á Roma. Véase Doellinger, p. 99; Hundhausen, p. 82 y sig.

La pretendida diferencia dogmática entre paulinianos y petrinianos se refuta: a. por la concordia que habia entre los Apóstoles (Gal., II, 9), la cual, dado su rigor dogmático (Gal., I, 8), no hubiese sido posible sin su consentimiento en la fe. Lo mismo que Pablo reconocia á Pedro y á los demas Apóstoles (I Cor., xv, 7-9; II Cor., viii, 28; xi, 22 y sig.) así tambien Pedro (II Pet., III, 15 y sig.) reconocia al más querido de sus compañeros. Los Apóstoles se opusieron siempre á toda especie de parcialidad; b. por el consentimiento en la doctrina, atestiguada ya por los discursos de ambos Apóstoles contenidos en las Actas, ya por sus Epístolas (Lechler, p. 92 y sig.; 117 y sig.); ya c. por la armonía que reinaba entre los diversos discipulos, tales como Juan Marco, Act. xiii, 5; Col., iv, 10; Philem., xxiv; II Petr., v, 13; Papias, apud Euseb., III, 39; Iren., III, 1; Clem. Alex., apud Euseb., II, 15; VI, 14, 14; Tertull., Contra Marc., IV, 15; y Silas, — Silvanus, Act., xv, 40; xviii, 5; II Corinth., I, 19; I Petr., v, 2; Clem., Phil., xli, 3; Euseb., III, 4; Clem., Ep. I ad Corinth., c. v; Orig., Philocal., c. cxxii in Joan., I, 29 (Op., IV, 133); Tertull., Praescript., xxxii; Hier., Cat., c. xv; Adv. Jov., I, 7; Epiph., Hom. xxvii, 6; Phot., Cod. cxvii.

Doellinger opina que es dudoso si el pasaje de Philip., iv, 3, se refiere al famoso Clemente de Roma. d. Así como los Apóstoles no conocian dos Iglesias (la de los circuncisos y la de los incircuncisos), sino una sola Iglesia, un solo pueblo, un solo olivo (Rom., xi, 24), la tradicion nada dice de semejante separacion. Hacia el 150, en que deberían notarse todavía huellas, Hegesipo halló la mayor armonía en todas las Iglesias que visitó (Euseb., IV, xxii). San Ireneo y los Padres se glorian de la unidad constante de la Iglesia.

e. Toda la diferencia entre los judeo-cristianos y los paganos convertidos consistía en que los primeros, mientras subsistieron la religion y estado judaicos, observaron la ley nacional, mientras que los últimos estaban libres de ella. La separacion del apostolado entre los judíos y los paganos no era absoluta; era sólo una division transitoria del trabajo, sin exclusion alguna. Así como Pedro recibió en la Iglesia á los primeros paganos, escribió más tarde á comunidades de paganos convertidos y convirtió á otros paganos; Pablo tambien, aunque principalmente dedicado á los paganos, trabajó entre los judíos y fué para ellos como un judío, porque se hacia todo para todos (I Cor., ix, 20 y sig.).

39. Es cierto tambien que San Pedro habia emprendido largos viajes apostólicos. Habia predicado en Corinto, como lo atestigua en el segundo siglo Dionisio, Obispo de esta ciudad, y vemos por San Pablo que allí era personalmente conocido¹. Uno y otro, como lo habian hecho en Roma, habian trabajado de concierto, y ambos se hallaban en la capital del imperio cuando estalló sangrienta persecucion contra los cristianos. El emperador Neron, á la vez cruel y voluptuoso, imputó á los cristianos, expuestos á menudo á los ataques de paganos y judíos, el vasto incendio que él mismo habia causado en la ciudad de Roma, y que le parecia la imagen de Troya abrasada. El estrago duró seis dias y seis noches (19 Julio 64); de las catorce regiones de la ciudad, cuatro solamente permanecieron intactas. Terrible fué el furor de la multitud

¹ I Cor., I, 12; III, 22.

y la barbarie de las autoridades. Muchos cristianos, cubiertos y cosidos en pieles de bestias feroces, fueron devorados por los perros, otros arrojados en el Tiber, otros llenos de pez ardieron en las calles para iluminar la noche. Por todas partes reinaba el terror. Los dos Apóstolos Pedro y Pablo fueron presos. El primero, según dice una antigua tradición, fué obligado por los fieles á emprender la fuga; encontrando en su camino al Señor, le dijo: «Señor, ¿á dónde vais? *¿Domine, quo vadis?*» «Voy á Roma, respondió Cristo, para ser allí nuevamente crucificado.» Pedro, al oír estas palabras, volvió á Roma, y se entregó á sus perseguidores.

Ambos Apóstolos fueron martirizados el mismo día 29 de Junio del 67. San Pablo, en su cualidad de ciudadano romano, fué decapitado en el camino de Ostia; Pedro, por el contrario, según el deseo que había manifestado, fué crucificado con la cabeza hacia abajo. Uno y otro son honrados desde la antigüedad como los fundadores de la Iglesia romana; sus reliquias estaban en gran veneración, y se mostraban como trofeos. Los orientales las reclamaron inútilmente á los cristianos de Roma. Sin embargo, por ilustre que fuese San Pablo por su cualidad de doctor y su título de cofundador de la Iglesia romana, los antiguos cristianos jamás los colocaron en el mismo rango, excepto en lo que se refiere á la misión inmediata que habían recibido del cielo.

ADICION

Martirio de San Pablo.

No cabe duda de que San Pablo fué decapitado en el camino de Ostia. Sólo resta determinar el año y el día.

Para fijar el año de su muerte sería necesario comprender el sentido preciso de la expresión ἐν τῶν ἑρμηνέων, que emplea San Clemente de Roma en su epístola á los Corintios (I, v). En otro tiempo se designaba con este nombre á los que desempeñaron el gobierno de Roma durante la ausencia de Nerón en el año 67 (el liberto Elio Cesariano y Policleto, ó según otros Tigelino y Ninfidio). En nuestros días se ha explicado ἑρμηνέων (principes) por oficiales de justicia. Admitida esta explicación, habría que probar aun que ἐν τῶν significa entre los oficiales de justicia; porque éstos no ejercían poder alguno y sin embargo así lo indican las palabras ἐν τῶν. «En el tiempo de, gobernando los» Ni Galba ni sus inmediatos sucesores llevaron el título de príncipes. El que gobernaba á Roma era llamado emperador; ahora bien, Nerón permaneció un año solamente en Grecia, desde fines del 66 hasta fines del 67. Su viaje á Campania en Marzo del 68 no forma parte de aquella expedición. El martirio de San Pablo hubo pues de coincidir con el año 67.

Cediendo á las apremiantes invitaciones de San Pablo, es de creer que Timoteo salió inmediatamente para Roma con Trofimo, que se hallaba en Mileto, distante de Efeso doce millas solamente. Según todas las probabilidades, Trofimo no

tardó en ser enviado á las Galias, mientras que Timoteo permaneció cerca de su amadísimo maestro. Si se pregunta qué día murió San Pablo, podemos citar ó el 29 de Junio, ó el 2 de Julio ó el 22 de Agosto del 67.

El más antiguo martirologio romano celebra el 2 de Julio la memoria de los tres soldados que sufrieron el martirio con San Pablo I. Es posible que el Apóstol fuese martirizado el mismo día, y que la razón de celebrar su memoria el de la fiesta de San Pedro en 29 de Junio, sea porque cae en la octava de esta fiesta. Pero puede combatirse esta opinión diciendo que tambien se celebra el 6 de Julio la fiesta de la primera entrada de San Pablo en Roma, aunque ésta tuvo lugar á mediados de Marzo del 61, ó por lo menos en la primavera. Asimismo parece que la memoria de estos tres soldados se celebra el 2 de Julio, porque este día se halla en la octava de la fiesta de San Pablo.

En 22 de Agosto se venera la memoria de Timoteo, martirizado en el camino de Ostia 2, en que fué enterrado. Más tarde dió su nombre á una catacumba de este país. Figura tambien en el catálogo de los santos de la iglesia africana. El día de su fiesta hay estacion en la basílica de San Pablo, *Statio ad Sanctum Paulum*, donde su cuerpo está depositado. Santa Brígida hizo restaurar su altar.

Muchas razones mueven á creer que se trata aquí de Timoteo de Efeso 3. Tillemont se manifiesta indeciso según su costumbre; los Bolandos muestran dudas, fundándose, entre otras cosas, en que el cuerpo de San Timoteo fué trasportado de Efeso á Constantinopla en 356 4. Tales argumentos jamás son decisivos. ¿Cuántos errores y equivocaciones no se han cometido en esta materia, especialmente los de tomar una parte de las reliquias por la totalidad!

Por lo demas, aunque supiéramos que ese Timoteo fué el discípulo de San Pablo, las meras palabras *Depositio Timotei* no nos permitirían deducir con toda certeza que hubiese sido martirizado el 22 de Agosto, ni áun siquiera si lo fué el mismo día que San Pablo 5.

Todo nos persuade, pues, á fijar el día 29 de Junio para la muerte del Apóstol. (N. del t. f.)

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 39.

Dionys. Cor., apud Euseb., II, 24 (el *ποριζωνες*, al *ερωτησεις*), ha sido con frecuencia mal comprendido). Persecucion de Nerón, Tácito, *Annal.* XV, 44; Suetonio in Nerone, cap. xvi; Sulp. Sev. Chron. II, 28 et seq., p. 82 et seq., ed. Halm.; Oros., VII, 7; Mœhler-Gams, I, 226 y sig. Sobre el martirio de los apóstolos, Clem. Rom., I Cor., cap. v; Iren., III, 3; Dionys. Cor., loc. cit.; Cajus, ap. Eus., II, 25; Tertul. *Præscript.*, c. xxxvi; contr. Marc., IV, 5; Scorp., cap. xv: «Tunc Petrus ab

1 *Parvum Martyrol.*, tom., sive *Parvum Adomæ*, ad 29 Junii: Romæ, apostolorum Petri et Pauli; ad 2 Julii: et triam qui cum Paulo apostolo passi sunt.

2 Rom. viii Ostiensi, *Timothei martyris*.

3 Sabemos por la *Epístola á los Hebreos* xiii, 23, que Timoteo estuvo preso con San Pablo, aunque muchos autores refieren este pasaje al primer cautiverio del Apóstol.

4 *Acta sanctorum* ad 22 August.

5 El autor del *Martyr. Pauli et T.* 296, admite el año 36 despues de la muerte del Señor y el 69 despues de su nacimiento, *Martyr. Pauli, ante Euseb.*, id. Veron. f. 5). San Epifanio, *Hebr.* xxvii, vi piensa que ámbos Apóstolos murieron en el año xii del reinado de Nerón. (13 Octubre 65 ó 13 Octubre 66.)

6 *I Cor.*, I, 12; iii, 22.

altero cingitur cum cruce adstringitur.» Orig., t. III in Gen., ap. Eus., III, 1 (Migne, t. XII, p. 92); Eus., III, 1, 31; Hier., Cat. cap. 1. Se alegaba con frecuencia la profecía de San Juan, xxi, 18 y sig.

La mayor parte de los sabios admiten la residencia y martirio de Pedro en Roma: Hundhausen, p. 20, n.º 5; Rhoté, § 40, p. 454, n.º 53; Neander, k.—G., I, 317: «Es un ultraje á la crítica poner en duda la residencia de Pedro en Roma, atestiguada por los unánimes testimonios de la antigüedad cristiana.» Gueicke, I, p. 59, 9.º ed.: «La noticia del martirio de Pedro en Roma, extendida ya mucho en el segundo siglo, áun antes de la época en que se introdujo en la curia romana la costumbre de escribir, no se explica naturalmente más que por la existencia del hecho.» Ahora bien, contra este hecho precisamente han dirigido los predicadores protestantes sus principales ataques, despues de la toma de Roma en 20 de Setiembre de 1870. Véase *Römische Disputation zwischen Katholiken u. Protestanten über die These: War Petrus in Rom?* Munster, 1872.

Que Pedro y Pablo murieron el mismo año, lo sabemos por Dionisio de Corinto, loc. cit. El año 64 fué admitido por Cabe, Dupin, Wieseler; el 66 por Paqi, Constanzi, Schlestrate, los Bolandos (segun el Catal. Liber.), Tillemont, Fogini (siguiendo á Epil. y Eus.); el 67 por Baronio, Combefis, los autores del arte de averiguar las fechas, Petavio, Patrici; el 68 por Mazzochi, Ritter, etc.

Las razones siguientes militan á favor del año 67: a. Los Apóstoles murieron cuando Neron estaba ausente de Roma «bajo los depositarios de la autoridad» (Clem. Rom., loc. cit.); ahora bien, esto ocurría en 67, cuando Neron se hallaba en Acaja, de donde no volvió á Roma hasta el 68; b. San Jerónimo, Catal., dice de Sécnea: «Hic ante biennium, quam Petrus et Paulus coronantur martyrio, a Nerone interfectus est.» Segun Tácito, Ann., XV, 48, Sécnea murió, «Silio Nerva et Attico Vestino Coss.» es decir, en 65, y por consiguiente, los Apóstoles en 67.

c. Segun Eusebio y San Jerónimo, los Apóstoles murieron en este último año, el 14 de Neron, es decir, en 67-68. Ahora bien, Neron murió el 9 de Julio de 68, los Apóstoles el 29 de Junio, y no ciertamente en el 69, porque entónces su muerte no caería en el reinado de Neron, sino en el 67. Si se cuentan los años de Neron desde el 1.º de Enero del 54, y no desde el 13 de Octubre, el año 67 corresponde al 14 de su reinado.

d. Segun San Jerónimo, se fijaba veinticinco años al episcopado de San Pedro en Roma, datando desde el 2 de Enero del reinado de Claudio; debía concluir, pues, en 67. Véase Dom. Bartolini, *Sopra l'anno 67 dell'era volgare, se fosse quel del martirio de gloriosi Apostoli*, Roma 1868; Döllinger, p. 101. Otras obras en Gams, *Das Jahr des Martyrtodes der Apostel.*, Regensb., 1867. Segun este último, Pablo habria muerto en 67 y Pedro en 65 en contra de lo que dice Dionisio de Corinto y del decreto sobre los libros de Glasio (495), y Hormisdas (520), donde se dice: «qui (Paulus) non diverso sicut haereticus garrunt, sed uno tempore uno eodemque die gloriosa morte cum Petro in urbe Roma... coronatus est.» (Thiel, *Epist. Rom. Pont.*, p. 455, 532). Ambos Apóstoles son citados como fundadores de la Iglesia romana en San Ignacio, Rom., cap. v, Iren., III, 1, 1; iii, 2, 3; Euseb., V, vi, 8. Cayo, loc. cit., recuerda los trofeos de los Apóstoles. S. Crisost. cont. jud. et gent.: «Quod Christus sit Deus.» n.º 9 (Migne, t. XLVIII, p. 825), envidiaba la felicidad de los romanos de haber poseído á los Apóstoles y «xitaba el honor que se tributaba á sus sepulcros. Una inscripcion de Dámazo revela que los cristianos de Oriente quisieron llevarse los cuerpos de los príncipes de los Após-

toles, pero que no se les permitió (Gregor. M. Ep. ad. Constantinam). Sus cuerpos descansaron entónces algun tiempo en la iglesia de San Sebastian (Krauss, *Roma sotter.*, p. 117-120, 529). Los paganos conocían el culto que se tributaba á estos sepulcros, y creían que San Juan Evangelista habia encontrado en esto un motivo para glorificar á Jesus como Dios.

Julian., apud Cyrill. Alexand., lib. X, Contr. Jul. (Migne, t. LXXVI, p. 1004). Sobre la persona de San Pablo, véase el bello retrato trazado por Döllinger, p. 86-93. La relacion mútua de ámbos Apóstoles está perfectamente descrita por Hugo de S. Victor, serm. LXIV: «Petrus ceteris eminentior excellentia potestatis, Paulus excellentia pradiationis. Petrus sol, Paulus luna; Petrus sol per collatum sibi divinitus potestatem, Paulus luna per collatum sibi divinitus sapientiam.» Numerosos detalles se encuentran en Leon Allatus, De Eccles. Occident. et Orient. perpet. consensione, Col. Agr., 1648, lib. I, c. III-VIII, p. 19-158. La proposicion que afirma la igualdad de los dos Apóstoles ha sido con frecuencia censurada, especialmente en la persona de De Dominis, De republ. divin., I, iv, el cual pretendía tambien que Pedro no estaba destinado más que «pro ovibus domus Israel» proposicion declarada herética por las Universidades de Paris y Colonia. (Du Plessis d'Argentré, II, ii, p. 105, 106, prop. 9; t. III, ii, p. 190). Posteriormente aparecieron en Francia muchas obras en que se afirmaba la igualdad de Pedro y Pablo en el primado (*La Grandeur de l'Eglise romaine établie sur l'autorité de saint Pierre et de saint Paul*, 1645; de l'autorité de saint Pierre et de saint Paul, qui réside dans les Papes, successeurs de ces deux apôtres), y además otras cartas latinas en el mismo sentido.

El 24 de Enero de 1647, la Inquisicion romana condenó la doctrina de las dos llaves, ó sea de la igualdad entre Pedro y Pablo en el primado. Denziger (A. 15, d), p. 315 et seq., n. 90, ed. 4. Contra este decreto se publicó un nuevo escrito, que fué quemado por orden de los tribunales franceses (6 de Mayo de 1647). Du Plessis d'Argentré, III, ii, p. 248, t. I, App., p. xliV y sig. Esta opinion fué combatida por Leon Allatus, loc. cit., el testino J. Aug. de Bellis, Isaac Habert, Teófilo Raynaud, Pedro de Marca, Claudio Morelli, etc. La circunstancia de que en las pinturas Pablo figuraba á la derecha y Pedro á la izquierda, nada prueba. Pedro Damiano lo explica (Opusc. xxxv, Migne, Patr. lat., t. CXLV, p. 589 y sig.), con la razon de que Pablo, hijo de Benjamin, se llamaba «filius dextera.»

Los demas Apóstoles.

40. Mientras que la Iglesia romana recibía la consagracion del bautismo de sangre, los cristianos de Asia tenían que sostener tambien sangrientos combates, sobre todo con las nacientes sectas de los gnósticos y antinomeenos. El Apóstol Júdas Tadeo, llamado por sobrenombre Lebbeo, hermano de Santiago el Menor, escribió contra ellos y sus ideas carnales (probablemente despues de la muerte de Pedro y Pablo) una corta epístola á los fieles del Asia menor, en la cual se acercaba á la segunda escrita por San Pedro. Esta epístola no ha provocado dudas en cuanto á su autenticidad, que por lo demas han demostrado plenamente los autores eclesiásticos, sino por haber circulado entónces dos escritos apócrifos, el libro de Henoc, y la subida de

Moises. Ya se habían adoptado medidas para introducir mayor exactitud en la enseñanza y combatir ciertos errores referentes á la vida y trabajos de Jesucristo.

El Apóstol Mateo, que tenía por sobrenombre Leví¹, en otro tiempo cobrador de tributos en el lago de Tiberiades, vivía con rara sobriedad y jamás comía carne; ya había predicado á los judeo-cristianos, y despues de inútiles tentativas² escribió para los fieles de Palestina el Evangelio de Jesucristo en lengua aramea; pero la traducción griega no tardó en prevalecer dentro de la Iglesia. Proponiéndose convencer de su ceguedad á los incrédulos judíos, y justificar á los fieles que se habían separado de ellos, hace resaltar vivamente la dignidad mesiánica de Jesucristo, y el enlace que existe entre su vida y las profecías de la antigua alianza. Expone los acontecimientos segun la sucesion lógica y no por el órden cronológico, dedicándose más á trasladar los discursos del Señor, que á referir sus hechos. Este Evangelio, el primero por la fecha, fué utilizado por los demas Apóstoles, y sobre todo por Bartolomé ó Natanael³, natural de Cana en Galilea, que le llevó consigo hasta la Arabia del Sur (las Indias). Allí fué encontrado cien años más tarde por Panteno, sabio de la escuela alejandrina, y misionero.

Demas de esto, San Lucas, el fiel compañero de San Pablo, había escrito su Evangelio para un cristiano llamado Teófilo, y lo continuó en las *Actas de los Apóstoles*. Trata allí especialmente de la vocacion de los gentiles, que era el principal objeto de San Pablo. Se encuentra entre éste y San Lucas la misma relacion que entre San Pedro y San Márcos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 40.

Júdas (Matth., x, 3; Marc., III, 18; Joan., xiv, 22) murió ántes de la persecucion de Domiciano. Los datos en Niceph. Call., II, 40; Assemani, Bibl. or., I, 318, III, 1, p. 299, 302; Doellinger, p. 108 y sig. — Hug, Hanéber, Ad. Mayer, admiten una relacion inversa entre la Epístola de Júdas y la segunda de Pedro. Sobre San Mateo y su Evangelio, véase Iren., III, 1; Clem., Al., Paed., II, 1; Papias, ap. Eus., III, 39; Pantæn., ibid., V, 10; Orig., ibid., VI, 25; Euseb., III, 24; V, 8; Epiph., Hom. xxx, 3; Hier., Pref. in Matth.; Ambros., In Ps. xlv; Isid. Hispal., De sanctis, cap. lxxxvii; Niceph. Call., II, 41; Patrizi, De Evang., I, 1, 15; Doellinger, p. 131 y sig. Sócrates asieno (I, 19) á Bartolomé las Indias, próximas á Etiopia; segun Niceph. Call., II, 39, predicó algun tiempo con Felipe en Frigia y fué crucificado en Uranópolis de Silicia. Cons. Rufino, I, 9; Philos., II, 6. Sobre San Lucas, véase II, Tim., rv, 11; Iren., loc. cit.; Euseb., III, 4; V, S. Gregorio

¹ Marc., II, 14; Luc., I, 27.

² Luc., I, 1.

³ Joan., I, 43.

de Nazianz., Or. xxxiii, n.º 11, p. 611, le designa á la Acaya y á Márcos Italia; Focio recuerda (Quest. cxxiii, Amph., p. 715, ed. Migne) que algunos atribuian las Actas de los Apóstoles á Clemente de Roma; otros á Bernabé; algunos á Lucas; pero que no cabe disputa de que sea éste el autor despues de examinar su Evangelio.

41. De la mayor parte de los Apóstoles y discípulos del Señor sólo tenemos datos muy incompletos. El Apóstol Felipe de Bethsaida (al cual no se debe confundir con un diácono, su homónimo, que vivía en Cesárea), concluyó sus días en Hierápolis de Frigia. Vivió largo tiempo en el Asia Menor, con sus tres hijas, de las cuales dos conservaron la virginidad, todos con fama de santidad. El hermano de Pedro, Andrés, que era tambien de Bethsaida, y fué ántes discípulo de Juan Bautista, predicó probablemente en Capadocia, Galacia y Bitinia; despues, pasando el Ponto Euxino, hubo de penetrar en Scytia, y morir crucificado en Patras, ciudad de Acaya. Más tarde, ó sea despues de la traslacion de sus reliquias, se le consideró en relacion con Bizancio. Se cree que Tomás, sobrenombrado Didymo, y Simon el Zeloso y Matias predicaron en diversas regiones; del último sólo conservamos una máxima sobre la mortificacion de la carne.

Bernabé de Chipre, despues de haberse separado de Pablo, predicó al principio en su patria, donde murió y fueron encontrados sus restos mortales. Lo cierto es que su celo no se detuvo en los confines de esta isla, y que hizo numerosos viajes. Créese que visitó tambien la Italia Superior. Uno de los setenta discípulos, Tadeo ó Adeo, convirtió al rey Abgaro de Orhoena, y consolidó la Iglesia de Edesa.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 41.

Filipo, Policr., Eph., ap. Euseb., V., 24; Papias, ibid., III, 39. Cons., cap. xxxiii; Teodoret. In Ps. cxvi, 1 (Migne, t. LXXX, p. 1008). Andrés, Orig., ap. Euseb., III, 1; Teodoret, loc. cit.: *ὁ θεσπίσιος Ἀνδρ. τῆς Ἑλλάδος κατὰ θεωροῦσας ἀκτῶν κερύρατος*. Niceph. Call., loc. cit.; Greg. Naz., loc. cit. (nombra el Epiro). La Epist. presbyt. et diae. Ach. de martirio Andreæ ap. (Gallandi, Bibl. patr., I), es considerada como auténtica por Belarmino, Baronio, Schelstrate, Posevino, Natal Alejandro, Labbe, L. Andruzzi Sant'Andrea, du Saussay, Woog, Gallandi, Lumper, etc. Nuevo texto en Tischendorfii, Acta ap. apocr., Lips., 1851, p. 105 y sig.; Migne; t. II, p. 1187 y sig. San Epifan., Her., lxxii, n.º 2, atribuye á los originistas actas apócrifas de San Andrés y otras; Santo Tomás (Joan., xi, 16; xx, 24; xxi, 2) debe haber predicado á los partos (Orig., ap. Euseb., III, 1; Clem., Recogn., IX, 29; Socrat., I, 19); en las Indias (Greg. Naz., loc. cit.) y en Etiopia (Niceph. Call., II, 40); Paul. de Nol., Natal. 11: «Parthia Mattheum complectitur, India Thomam.» Cons. Hier., Ep., cxxlviii; Ambros., In Ps. xlv, 10; Baronio, an. 44, n.º 33. Segun Niceph. Call., murió en Trapobana, en la India, atravesado por una lanza. Segun San Eiren de Siria (G. Bickell, S. Ephr., Carmina Nisibena,

Lips., 1857; Carm. 42, init., p. 163), habría muerto en las Indias; pero sus huesos habrían sido trasportados más tarde por un comerciante. Véase Baronio an. 252. De aquí viene que algunos buscaran su tumba en la India, en Calamina, Meliapur (Martyrol. rom., xii kal. jan.); otros en Edesa. San Crisóst. (Hom. xxvi in Hebr., n.º 2; Migne, t. LXIII, p. 179) nota que se conocían los sepulcros de Pedro, Pablo, Juan y Tomás; pero no los de los otros Apóstoles. Los antiguos entendían por Indias, no solamente lo que después se denominó Indias Orientales, sino también, no pocas veces, Arabia, Etiopía y la Isla de Socotora, á la entrada del golfo arábigo (Ritter, Erdkunde von Asien, IV, t. 603).

Sobre los Cristianos de Santo Tomás en la India meridional, véanse los datos, no libres de toda crítica, en Carlos Swanston, Journal of the Royal Asiatic Society of Great Brit., 1834, y M. Hang, Beil, zur Augsb. Allg. Zeit, 29 de Enero de 1874. Simon Zelotes, llamado también el Cananeo (Matth., x, 4), predicó probablemente en Egipto, en la Cirenaica, Libia, Mauritania y en las Indias Británicas. Segun otros, en Babilonia y Persia (Niceph. Call., ii, 40). Inglaterra no se gloria de él hasta más tarde. No se puede admitir sin dificultades que fuera el mismo que el segundo Obispo de Jerusalen (Véase Lindner, I, § 5, p. 21). Se cree que Matías fué martirizado en Etiopía (Niceph. Call., loc. cit.). Nada prueba en contrario el que Clemente de Alejandría (Strom., IV, ix, p. 502) no contradiga á Heracleon, segun el cual, Matías, Felipe, Tomás y Mateo murieron de muerte natural. Véanse las palabras de Matías en Clemente, loc. cit., III, iv, p. 436, ed. Paris.

Bernabé no fué solamente Apóstol en el sentido general de la palabra, sino en su verdadera acepción (I, Cor., ix, 5; Act., xv, 25; Hieron., Brev. rom.; Döllinger, p. 56 y 140; Catholig., 1875, sept., p. 251). Reemplazó á Santiago el Menor, que había permanecido en Jerusalen. Muchos escritores atribuyen la Epístola que se cree suya á un alejandrino del siglo segundo. (Obras de consulta, Alzog. Patrol.; indicaciones: Acta sanct., 11 Junio, p. 431 y sig.). La Iglesia de Milan le exaltaba como su fundador. Baronio, an. 51, n.º 54; Pucinelli, Vita de S. Barnaba, Milan, 1649; Saxii, Vindicica de adventu Mediol. S. Barn., Mediol., 1748.

En tiempo del emperador Zenon fueron hallados sus restos en la isla de Chipre, con el Evangelio de San Mateo escrito por él mismo, segun se leía, y que fué llevado á la iglesia de Santa Sofía de Constantinopla (Theod. Lect., II, 2; Migne, t. LXXXVI, p. 184). San Jerónimo nombra (In Matth., cap. x) como Apóstol de Siria á San Tadeo y Eusebio, 1, 3, el discípulo de este nombre. Cons. Baronio, an. 43, 18, 21. Niceph. Call., II, 40, dice que este Apóstol predicó en Arabia y después en Edesa, pero que fué precedido allí por el discípulo de este nombre.

Santas mujeres. — La Madre de Jesucristo.

42. En general tenemos muy pocas noticias sobre los Apóstoles y sus compañeros; las obras apócrifas, aunque muy numerosas, no podrían suplir la ausencia de datos auténticos. El designio de los Apóstoles era propagar la buena nueva, no el extender la gloria de sus insignes hechos. Jesucristo era el centro de su accion; ellos sólo sus instrumentos. Los datos auténticos que tenemos sobre Pedro y Pablo, pueden igualmente servirnos respecto de los otros. Su historia es una sucesion de predicaciones y milagros, de virtudes y tribulaciones. Por dicha razon,

carecemos de detalles sobre las santas mujeres que rodeaban á Jesús, como María Magdalena, y ni siquiera los tenemos sobre la muerte de su gloriosa Madre, la Virgen María, que había de ser bendita por todas las generaciones, como ella misma lo había vaticinado.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRITICAS SOBRE EL NÚMERO 42.

Abdias (que se llamaba primer Obispo de Babilonia), Hist. certaminis apostolici libri X, Paris, 1566; J.-A. Fabricio, Cod. apocr. N. T., II, 388 y sig. (conocido en el siglo VII, Lumper, Hist. crit., I, 473; Doroteo de Tiro y Procopio, de 23 prop. et 12 discipul. Domini, Roma, 1564, en fol.; Bibl. Patr. max., t. III (Fragmentos griegos en la Chron. Pasch. y en G. Cave, Hist. lit., I, 82 y sig.); Hip. Theban., De 12 apost., ap. Combefis, Auctar., t. II, Paris, 1648. Otros en Fabricio, loc. cit., p. 743 y sig.; Thilo, Acta Thomæ in notitia uberr., p. III y sig.; Tischendorf, Acta ap. apocr., Lips., 1851 (13). Apocal. apocr., Lips., 1866. Apócrifos de Pedro (Kerygma, Periodi, Evangelium, Epístola á Santiago); de Felipe (Evangelium et Itinerarium); de Bartolomé y Matías (cada uno un Evangelio (Evangelium et Itinerarium); de Bartolomé y Matías (cada uno un Evangelio, epístolas, etc.); Noticias sobre los Apóstoles, Ord. Vital., lib. II, cap. ix-xxi, p. 139-185. Fr.-O. Sticher, Die kirch. Legende über die hl. Apostel, Leipzig, 1861.— Sobre María Magdalena abundan las obras. Se ha disputado si la pecadora que ungió al Señor era la misma que la hermana de Lázaro, y se ha preguntado cuál era el número de las mujeres que ungieron al Señor. San Cris., Hom. lxxx, al. 81, in Matth., n. 1; Hom. LXII, in Joann., n. 1 (Migne, t. LVIII, p. 724; t. LIX, p. 342), admite dos; Joc., Amph., q. XLVIII, p. 357, ed. Paris; intentó demostrar ámpliamente que había tres; pero Apollinar, Teodoro de Mopsuesta y la mayor parte de los latinos sólo admiten una.

Pedro Comestor, Hist. evang., c. cxxxv, add., p. 1637: «Communis opinio est unam tantum fuisse Magdalenam.» En 1521, la Facultad teológica de Paris prescribió enseñar contra Letevre d'Étaples que sólo había existido una Magdalena.

Du Plessis d'Argentré, III, t. p. vi y sig., 1 y sig.; Baron, an. 32, núms. 18-29; Nat. Alex., Sæc. I, diss. xvii, t. IV, p. 441 y sig. Segun leyendas orientales, la María Magdalena citada por San Lucas, viii, volvió después de la muerte de la Madre de Dios á Efeso, junto á San Juan, y sufrió allí el martirio (Modest. Hom. in mulieres unguenta ferentes; Phot., Bibl., cod. 275; Amphil., q. clviii, p. 853 y sig.).

Los franceses creen que vino á Marsella con Marta y Lázaro. Baron, admite esta opinion, an. 35, n.º 5, y Nat. Alex., loc. cit., p. 420 y sig., la sostiene respetadamente. Véas. mi obra Phot., III, 265-297; Failon, Monuments inédits de Marie Madeleine en Provence; Paris, 1848, 2 vol. (pero estos 362 documentos no son auténticos). La Madre de Jesús, en su infancia, habría sido educada en el templo. Gregorio de Niza, In natal. Chr., Op. III, 546; Taras., Hom. de B. V. ducta in templum (Migne, t. XCVIII, p. 1488 y sig., cap. viii); Andr. Cret. (Gallandi, t. XIII, p. 97); Phot., Or. in nativ. Virg. (ibid., p. 600); Amph., q. xxii, p. 165, ed. Paris; Dam., F. O., IV, 15; Niceph. Call., I, 7; II, 3. Este hecho nada tiene de inverosímil (Döllinger, Heidenth. und Judenth., p. 784, § 81). Había allí mujeres que se dedicaban voluntariamente al servicio del templo, Exod., xxxviii, 8; I Reg., n. 22; Jos., Antiq., V, x, 1; Hier., Taanith., cap. iv, hal. 2. Ocupábanse

probablemente en obras manuales para atender a las necesidades del templo, y formaban una comunidad donde también eran recibidos jóvenes.

Es doctrina de la Iglesia que María fué virgen, no sólo antes del Nacimiento de Jesús, sino en toda su vida. No se opone a esto lo que se dice de los hermanos de Jesús (Matth., xii, 46; xiii, 55; Marc., iii, 31, vi, 3; Luc., viii, 19-21; Joan., ii, 12; vii, 5; Act., i, 14), porque si el hebreo trae *ἄδελφός*, se dice en griego *ἀδελφός = ἀδελφός* (Cons. Phot., Amph., q. xlv, p. 345; q. l, p. 380).

La Escritura nombra como hermanos de Jesús (Matth., xii, 55) a Santiago, José (Joses), Simón y Judas; su madre se llamaba igualmente María (Matth., xxvii, 56), y su padre, Cleofas (según Hegesip., ap. Eus., iii, 11; Epit., Hom., lxxviii, n.º 7), era hermano de San José. Cleofas (Joan., xix, 25) es ciertamente el mismo que el Alfeo de los sinópticos. La doble ortografía griega viene de la pronunciación fuerte ó ligera de las letras iniciales en los nombres arameos. La Versión de los Setenta ofrece muchos ejemplos. Los dos hermanos José y Cleofas (Alfeo) se habían casado indudablemente con dos hermanas, llamadas una y otra María. Después de la muerte de Cleofas, José tomó a su cargo á su sobrino, y ámbas familias no formaron más que un hogar. (Döllinger, Christenth. u. Kirche, p. 103). Las expresiones *πρωτότοκος* y *ἕως* (Matth., i, 25) se explican igualmente por el hebreo (véase Gen., viii, 7; II Reg., vi, 23; Psal., lxxi, 7; clx, 1 y sig.; Hier., In Matth., cap. i; Epiph., loc. cit., n. 8 y sig.; Phot., Amph., q. clxxi, p. 865; q. xxi, cap. i, p. 152; q. xxii, p. 164 y sig.; q. c, p. 616 y sig.).

Otra circunstancia es que Jesús recomendó al Bien Amado Juan á María como su Madre (Joan., xix, 25-27). Sólo algunos herejes atribuyen á Jesús hermanos y hermanas según la carne; como los ebionitas, á quienes Orígenes, Hom. vii in Luc., n.º 2 (Migne., t. XIII, p. 1818), combatía ya. Sostiene positivamente *κατὰ τὴν ὕψους* *πρὸς αἰτίαν δεξιζόμενος*, que no hubo otro hijo de María que Jesús (t. I in Joan., n. 6; Migne, t. XIV, p. 32), y rechaza la opinión sacada del Evangelio apócrifo de Pedro ó el proto-evangelio de Santiago, y recordada por algunos de que los hermanos de Jesús eran hijos de un primer matrimonio de José (t. X in Matth., n. 11; Migne, t. XIII, p. 876). Esta opinión era probablemente aceptada por San Epifanio, Hom. lxxviii, n. 7; pero San Jerónimo la rechazaba como un desvarío de los apócrifos (In Matth., cap. xii, adv. Helvidi). Nada tenía de contrario á la virginidad perpétua de María, pues se limitaba á ocultar el hecho de que José era el Padre adoptivo, el tutor de sus sobrinos (Döllinger, p. 105); Teofilacto creía (In Matth., cap. xiv, 27; In Marc., cap. xv, Migne, t. CXXIII, p. 294, 474, 672) que José se había casado con la mujer de su difunto hermano Cleofas, antes de contraer matrimonio con María, que había tenido de ella los cuatro hijos y dos hijas de que se habla; pero seguía probablemente la opinión propagada por los ebionitas y mencionada por Orígenes (Huet, In Orig., loc. cit., p. 875 y sig., not. 13). Véase también Schlegler, Freib. Ztschr. f. Theol., IV, 1-116; Köster, Erläuterung der hl. Schrift aus Chassikern, Kiel, 1833; Blom. Diss. de τῶν ἀδελφῶν τοῦ κυρίου, Lugd. Bat., 1839; Langen, Bonner theol. Lit.-Bl., 1866, p. 40 y sig. Algunos sostenían (siguiendo á San Lucas, ii, 35) que María había sufrido el martirio; esta opinión se halla contradicha por la mayor parte de los antiguos. Orig., Hom. xvii in Luc. (Migne, t. XIII, p. 1845); Ambros., Beda, Com. in Luc., loc. cit.; Isid. Hispal. De vita et obitu SS.; Phot., Amph., q. clviii, p. 833, ed. Migne, Bibl., cod. 275, ex Modesto.

Según algunos, María habría muerto mucho antes en Jerusalem (45-47); según otros, debió seguir á Efezo á San Juan. Nicéforo Cal., II, n. 3, dice, siguiendo á

Evodio, que la Madre de Dios habría llegado á la edad de cincuenta y nueve años, habiendo muerto tres después de la conversión de San Pablo (que habría ocurrido siete años y medio después de Cristo) y habría vivido once años cerca del discípulo amado. Esta opinión suscita dificultades y no concuerda de todo punto.

De la carta del Concilio de Efezo Ad Cpl., donde se dice que el evangelista Juan y la Santa Madre de Dios habían estado en Efezo, no se sigue de modo alguno que haya sido inhumada en la iglesia de Nuestra Señora de esta ciudad.

Policrates, Eph., apud Euseb., V, 24, menciona expresamente una hija de Felipe que moriría en Efezo; ahora bien, si la Madre de Jesús había sido inhumada allí, no hubiera dejado de decirlo. Ordinariamente, la tradición del Tránsito del cuerpo de María al cielo se funda en las escrituras apócrifas del Apóstol Juan, *ἐξ ἧν κοίτης τῆς ὑπεραγίας ἁμαρτίας* (que pertenecen, según Filon, á fines del cuarto siglo ó principios del quinto), y de Meliton (De transitu Virginis). Pero la tradición de la iglesia de Jerusalem, tal cual existía con anterioridad, nada tiene de común con estos apócrifos (Angsb. Pastoralblatt, 12 de Febrero de 1870).

Nicéforo Calixto tenía á la vista, no solamente al falso Dionisio (De div. nom., cap. iii), sino también el testimonio de Juvenal, Obispo de Jerusalem, fundado en antigua tradición (Hist. eccles., n. 21-23; xv, 14); conocía también la Historia euthymiaica, iii, 40, de la cual había dado antes que San Juan Damasceno extractos en las tres homilias sobre la Asunción de María (Migne, t. CXVI, p. 699). Hom. ii, 18, p. 748.

La misma tradición es atestiguada por Modesto de Jerusalem (Migne, t. LXXXVI, p. 3277 y sig.), Andrés de Creta (ibid., t. LXXXVII, p. 1046, 1072, 1089 y sig.), German de Constantinopla (t. LXXXVIII, p. 340, 348, 360 y sig.) No se seguía en modo alguno ciegamente al pseudo Dionisio, cuando contradecía la convicción general de la Iglesia, y es muy notable el dicho de San Epifanio (Hom. LXXXII, n.º 4), que la Escritura calla sobre la muerte de María, á causa del prodigioso milagro de que fué objeto. San Hilario y San Ambrosio (De Cain. et Abel, i, 2) dicen otro tanto de Moisés.

Teodoro Studita (Catech. chron., II; Migne, CXIX, p. 1701) habla más extensamente de este milagro.

Según Nicéforo Calixto, XVIII, 28, el emperador Mauricio había ordenado ya que la fiesta de dormitione B. V., se celebrara el 15 de Agosto. La palabra *ἀναπαύσεσθαι* no autoriza por sí sola conclusion alguna, porque Eusebio la emplea también hablando de la muerte de Constantino (De vita Constant., IV, 64).

En Occidente tenemos el testimonio de Gregorio de Tours, De gloria mart., I, iv, Los Kalend. Rom. saec. viii, ed. Fronto-Fabrieus, p. 221, dicen: «Solennia de pausatione S. Mariae die xv mensis Augusti,» mientras que la Iglesia galicana celebraba la fiesta el 18 de Enero. Mabillon, Liturg. gallic., p. 118 y sig., 211 y sig. Véase Beda, De loc. sanct., cap. vii. En el Concilio de Mayenza, 813, c. xxxvi (Mansi, XIV, 73), figura entre las fiestas, y según el Liber pontific., Leon IV prescribió su octava. Baronio an. 855. El Martirologio Wandelberthi ad xviii, kal. Sept. dice: «Octava et decima mundi lux flosque Maria angelico comitata choro petit aethera Virgo.» Hunfroi, Obispo de Terouanne, introdujo la fiesta en su diócesis (862). Annal. Berti, ad h. ann.; Notker Balbul., Martyrol.; Canisius, Lect. ant., ed. Basnage, II, iii, p. 167. El discurso atribuido á San Jerónimo. De dominie assumpt. (Op. II, n. 1, p. 127-154), fué justificado por Hincmar contra un monje de Corbie que atacaba su autenticidad. Flogeard (A. 23), III, 5; Mabillon,

ann. O. S. B., III, lib. XXXV, n.º 100. Existe también un discurso atribuido á San Agustín sobre la Asunción de María. En cuanto al Liber de assumptione B. Mariæ (Op. Aug., t. VI, App. ed. Maur.), pertenece, según lo más verosímil, á Fulberto de Chartres, en el siglo XI, el cual, así como Ildelfonso de Toledo (Serm. de assumpt.) y Pedro Damían, representaba la tradición.

Esta fué igualmente sostenida por Pedro de Blois, Hugo de San Víctor, Tomás de Aquino y otros escolásticos. En tiempo de Pedro el Cantor (v. 1176), algunos doctores de París negaban «beatam Virginem in corpore assumptam fuisse;» mas fueron explícitamente desaprobados. Thom. Cantiprat., lib. II De apibus, c. XXIX; Bulaeus, Hist. univers. París, II, 418; Du Plessis d'Argentré, I, 1, p. 112. Alano de Lila (muerto en 1203), pretendía que las iglesias particulares nada sabrían con precisión sobre este punto mientras que la Santa Virgen no quisiera explicarlo. «donec ipsa velit» (Kant. Kant., III, 5); sin embargo, añadía: «Sicut superni cives admirantur Virginem assumptam in coelis, ita fideles in Ecclesia Dei eam collaudant in terris.» (Elucid. in Kantic. Kantic., Migne, t. CCX, p. 74, 75).

La creencia en la Asunción de María fué profesada por los Obispos armenios en el Concilio de Sis, 1342 (Mansi, t. XXV, p. 1185), y por los de Grecia en el de Jerusalem, en tiempo de Dositeo, 1672 (Harduino, XI, 171 y sig.). El 22 de Agosto de 1497, el dominico Juan Morealli, por órden de la Sorbona, se retractó de las proposiciones censuradas por la Facultad, especialmente de la III: «Christum occurrisse V. Mariæ in sua assumptione, apocryphum est.» (Censura: «Prop. falsa, contra scripta doctorum, impietati favens, piarum aurium offensiva, destractiva populi a devotione quam habet ad V. Dei Genitricem, ideoque revocanda.» IV: «Nos non tenemur credere, sub poena peccati mortalis, quod Virgo fuerit assumpta in corpore et anima, quia non est articulus fidei.») (Censura: «Ut jacet, temeraria, scandalosa, impia, sc. devotionis populi ad V. diminutiva, falsa et haeretica, ideo revocanda publice.») Los teólogos posteriores han estado unánimes sobre este punto. Véase Pedro Canisio, De Maria Virg. incomparabili, Ingolst., 1577; Tract. de Mariæ in coelos assumptione, lib. V, c. v. Natal. Alex., Sec. I, c. 1, an. 3; Bened. XIV, De festis, II, VIII, 1 y sig.; Binterim, Denkv., V, 1, p. 425, VII, 1, p. 84; Vaccari, O. S. B., De corporea Deiparae in coelum assumptione; L. Buselli, O. S. Fr., La Vergine Maria viventi in corpo ed in anima in cielo; Gaspar de Luise (ord. dei Pii Operarii), L'Assunzione di Maria J. Cozza Luzi, Ord. S. Basil., De corporea Assumptione B. Mariæ Deiparae testimonia liturgica Graecorum selecta, Romae, 1869; Le Hir, Etudes bibliques, Paris, 1869, II, 90-185.

Nueva separación de los judíos bautizados de los no bautizados.

43. Entretanto aproximábase nuevos y graves acontecimientos. La situación de los cristianos de Jerusalem, despues del martirio de su Obispo Santiago, se agravaba de día en día. El plazo fijado á la nación judaica para convertirse parecía cercano á su fin; el zelo farisaico ganaba terreno. Los judíos rígidos creían que el mosaismo debía durar eternamente, y áun muchos judeo-cristianos no comprendían bien el carácter transitorio de su ley. Era precisa toda la fuerza de los acontecimientos dispuestos por la Providencia para calmar las preocupaciones

hereditarias, y producir la entera separación entre cristianos y judíos. El carácter mismo y la actitud de estos últimos proporcionaron la ocasión.

Guerra de Judea.

44. Bajo la severa dominación romana, el pueblo, explotado y gimiendo en la opresión, lastimado por otra parte en sus más íntimos sentimientos y en su orgullo, estaba pronto á rebelarse en cuanto hallara ocasión. Bajo la dirección de Júdeas el Gaulonita y del fariseo Sadoc, se había formado un partido, el cual afirmaba que Dios sólo debía reinar sobre la nación santa, que la ley mosaica no era válida sino para ella, que era preciso sacrificarlo todo, hasta la vida y la fortuna, para sacudir el yugo romano, y que se podía contar seguramente con la asistencia divina. El celo por la Religión sirvió en breve de pretexto á todos los excesos. Un insulto inferido á los judíos por los soldados paganos que custodiaban el templo, la combustión de un rollo de la ley ejecutada por un soldado, produjeron, siendo gobernador Cumano, violentos tumultos, y dieron origen, despues de una lucha entre judíos y samaritanos, á una vergonzosa matanza en que perecieron muchos de los zelantes. En tiempo de Pilato, los judíos habían conseguido, con suma dificultad, que los escudos consagrados á Tiberio, que se los había obligado á colgar en el templo de Jerusalem, fuesen á Cesárea á un templo dedicado al Emperador. La órden dictada por Calígula de colocar su estatua en el templo produjo espanto entre los judíos; pero la muerte del Emperador impidió la ejecución de esta medida, y evitó una guerra de religion.

Continuábase considerando al Mesías como al vengador de las afrentas inferidas al pueblo judío, vencedor de los fieros paganos, restaurador del trono de David; había la convicción de que iba á recompensar con toda suerte de prosperidades terrestres la fidelidad de su pueblo á la ley. El partido del rabino Schammai dominaba en la mayoría del pueblo, impulsado cada vez más á la desesperación por la barbarie, dureza y sistemáticas exacciones de los gobernadores que habían robado también el tesoro del templo.

El tirano Gesio Floro, favorito de Neron, sobrepujó á todos sus predecesores, y estalló la insurrección durante su gobierno. Los judíos fueron animados en su rebelión por una derrota de las tropas imperiales mandadas por Cestio Galo y por las predicciones de los goecios (ascetas), que anunciaban el advenimiento del libertador celestial.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 43 Y 44.

Dellingner, Christenth. und K., p. 169 y sig.; Josefo, Ant., XVIII, 1, 3, 8; Dellingner, Heidenth. und Judenth., p. 768, 848 y sig.

Ruina de Jerusalem. — Sus resultados.

45. Los judíos empezaron una lucha desigual, con todo el fuego del fanatismo, y sin atender á su debilidad física y moral. Carecían de ejército regular, de aliados, y además eran objeto de odio por parte de los pueblos vecinos. Dominados de sentimientos egoístas, sufrían más con sus propias divisiones intestinas.

Vespasiano, nombrado por Nerón comandante de sus tropas en Judea, entró en Galilea el año 67, y después de encarnizada resistencia, que duró cuarenta días, se apoderó de Jotapata, la primera de sus plazas fuertes. Cuarenta mil judíos, entre los cuales se hallaba Flavio Josefo, fueron derrotados. Toda Galilea hubo de someterse. Muchos se refugiaron en Jerusalem, donde cuatro partidos se desgarraron mutuamente, devorando las provisiones.

Los romanos se aprovecharon de estas discordias. Vespasiano había sido elegido emperador, y habiendo conducido las tropas su hijo mayor Tito ante la capital de los judíos (70), se apoderó de éstos confusion inexplicable y verdadero terror. Los cristianos, instruidos por las predicciones y advertencias del Salvador, ó por alguna revelación particular, habían abandonado á Jerusalem, fijándose en la ciudad de Pella en Perea, colonia griega, donde vivían con toda seguridad. La fiesta de la Pascua había contribuido á acrecentar el número de los judíos en Jerusalem.

La escasez aumentó más todavía, cuando Tito rodeó con un foso la ciudad. Los romanos se apoderaron sucesivamente de todas las partes de ésta, mientras que los judíos mismos profanaban el templo con el asesinato. El 17 de Julio del año 70 fué interrumpido el sacrificio cotidiano; en 10 de Agosto, el templo fué tomado por asalto, y reducido á cenizas por una antorcha inflamada que arrojó en él un soldado, á pesar de los designios que tenía Tito de salvarlo. La parte superior de la ciudad cayó en poder del enemigo el 2 de Setiembre.

Todo fué arrasado, y sólo quedaron en pie tres torres y algunas casas. Josefo estima en un millon el número de hombres que durante el sitio murieron de hambre, ó por la espada y por el fuego: 97.000 fueron llevados cautivos, y casi todos vendidos como esclavos y empleados en los trabajos de las minas ó en los anfiteatros. En un solo día, en los sangrientos juegos de Cesárea, Tito obligó á 2.500 judíos á matarse combatiendo unos contra otros, y cuando verificó su entrada triunfal en Roma, llevó consigo los tesoros del templo, la mesa de oro, el candelero de oro con siete brazos, el libro de la ley, y los velos del santuario. El

arco de Tito en Roma recuerda hoy todavía esta lamentable catástrofe del pueblo judaico.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 45.

Josef., De bello jud., sobre todo II, 17 y sig., V, 1 y sig., VII, 4; Tacit., Hist., V, 1-13; Euseb., III, 5-8; Epiph., De pond. et mens., c. v; Hist., xxiii, 7; Sulpic. Sever., Chron., II, 30, p. 85, ed. Halm.; Dellinger, op. cit., p. 883; Christenh. und K., p. 110; Feuerlein, De christianorum migratione in oppidum Pella, Jena, 1694.

46. La situación de los judíos era espantosa. No tenían ya ni sacrificio ni altar, y estaban obligados á pagar á los paganos (al Capitolio) el antiguo tributo del templo. Habiendo perecido entre las llamas los registros de familia tenidos en tan alta estimación, «la fuerza de los sabios estaba rota, y la luz de sus ojos cambiada en tinieblas.» Estuvieron desde entonces más dispersos y odiados que antes.

Sin embargo, gran número de doctores de la ley y de zelantes hacían aún vanos esfuerzos por sostener la esperanza de que Dios restauraría su templo con un milagro. En Palestina, la guarnición de Masada concluyó en 72 por el suicidio, mientras que una tropa de asesinos judíos se refugiaba en Egipto, y organizaba allí una nueva rebelión. Muchos jefes de la insurrección fueron entregados á las autoridades romanas por judíos egipcios, y otros degollados. Vespasiano hizo cerrar el templo de Onias en Leontópolis, y los judíos perdieron así su último centro religioso. Una rebelión fomentada en la Cirenaica por el zelante Jonathan, que prometía milagros, fué anegada en la sangre de estos emergentes, y su autor quemado en Roma.

Sin embargo, el fuego de la insurrección entre los judíos no estaba apagado aún. El rabinismo adquirió nuevas fuerzas, y reunió en Jamnia un Sanhedrin bajo la presidencia de Rabban. Las oraciones iban ahora á reemplazar á los sacrificios; se entregaban todos con inquieto ardor á la interpretación de la ley, y las esperanzas mesiánicas eran más vivas que nunca. Los ciegos judíos, que atribuían sus desgracias, no á haber crucificado al Mesías, ni á la maldición que habían llamado sobre sus cabezas¹, sino á falta de celo por la ley, se adherían aún á los privilegios y antiguas prerogativas que habían heredado de Abraham, y se mostraban llenos de rencor y ansiosos de venganza contra todos los incircuncisos.

¹ Math., xxvii, 25.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 46.

Döllinger, Heidenth., p. 854-856. Sobre la destrucción por el fuego de los registros genealógicos, Talmud. Babylon., Tract. Pesachim, c. 1, f. 62.

47. También para los cristianos era la ruina del templo suceso de la más alta importancia. La observancia de la ley ritual, en lo que tiene de esencial, se había hecho imposible; no solamente el sacrificio, sino también el sacerdocio de Aaron quedaba abolido. Los judeo-cristianos no concebían ilusiones, ni participaban en modo alguno de la esperanza de que el templo sería restaurado milagrosamente; eran testigos de la reprobación del pueblo elegido, con tanta frecuencia anunciada por los profetas, y del cumplimiento de la profecía del Salvador sobre la ruina de Jerusalén. Rechazados por el odio de los judíos, y puestos en contacto con los paganos convertidos de Pella, y separados por intervención de Dios mismo de la sociedad nacional y política de los judíos, cuya entera destrucción habían contemplado, se sentían cada vez más atraídos hacia los últimos y movidos a confundirse con ellos, si se exceptúan algunos fanáticos, que permanecieron apartados, y formaron cierto número de sectas. La Iglesia se veía, pues, a la sazón, más libre de los vínculos de la Sinagoga, y este resultado era poderosamente favorecido por el preponderante número de los paganos convertidos a Jesucristo.

OBRA DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 47.

Döllinger, Christenth. und K., p. 110 y sig.

48. Ocho meses antes de la destrucción del templo de Jerusalén (19 de Diciembre 69), en una guerra civil entre los parciales de Vitelio y los de Vespasiano, el Capitolio había sido reducido a cenizas por los romanos, con los templos de Júpiter, Juno y Minerva, tan venerados por ellos. Este acontecimiento parecía a Tácito el más vergonzoso que hubiese sobrevenido desde la fundación de la Ciudad Eterna, una consecuencia de la cólera de los dioses irritados por sus crímenes¹. Así, perecieron en las llamas los más famosos templos del paganismo y del judaísmo, como para atestiguar que iba a ocupar su puesto un culto más perfecto. En efecto, ya este culto había triunfado de todos sus perseguidores, muertos de un modo miserable. Heródes el Grande había succumbido entre torturas, Pilato, suicidándose; Heródes Antipas había sido precipitado del trono y desterrado; Agripa había muerto súbitamente en Cesárea, donde se hacía tributar honores divinos; el

¹ Hist., iii, 72.

emperador Tiberio, estrangulado; Nerón, a quien esperaban muchos en calidad de anticristo, condenado por el Senado, se había dado la muerte para libertarse de otra más ignominiosa. Los mismos hechos iban a reproducirse muy a menudo todavía en lo sucesivo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 48.

Tacit., Ann., III, 72; Döllinger, Heidenth., p. 733. Pilato permaneció, según se dice, diez años en Judea y salió de allí el año 788. Josef., Ant., XVIII, ii, 2; xiv, 2; De bello jud., II, ix, 2; Filon, Op. not., c. Ad leges, t. II, p. 590; Patrizi, De Evang., lib. III, diss. 40, n. 3 et seq. Sobre los diversos Heródes, Josef. Ant., XVII, viii, XVIII, vii; Act., xii, 25; Sanclemente (§ 2), lib. III, c. 1. Muerte de Tiberio: Tacit., Ann., VI, 50; Suet., In Tib., c. LXXIII; In Calig., c. xii; Dion., Cas., LVIII, 28. Muerte de Nerón: Suet., In Nerón, c. XLIX, 57; Dion. LXIII, 22-29; Eutrop., VII, 15; Sulp. Sev., loc. cit., p. 84. Nerón como anticristo, Orac. Sibyl., IV, 116 et seq. (compuesto hácia el año 80). Cons. Aug., De Civ. Dei, XX, XIX, 7, n. 1 (Migne, t. LXII, p. 485), Teodoret., Teóflaet., (Gcum., in h. l. Sobre todo, véas. Lactanc., De morte persecutorum; Rauscher (A. 33), I, p. 106 y sig.

El Apóstol San Juan.

49. En los treinta años que suceden a la destrucción de Jerusalén, vemos en primer término al más joven de los Apóstoles, que sobrevivió a todos, al virginal Juan, hijo del Zebedeo y hermano de Santiago el Mayor (que había recibido ya la corona del martirio), con el cual compartía el sobrenombre de hijo del Trueno (Boanerges, *Marc.*, iii, 17). Custodio de la Santísima Virgen después de la muerte del Señor, era naturalmente designado para este oficio por su candor y la pureza de su alma. Estrechamente ligado con San Pedro, y cautivo con él en Jerusalén, Juan vivió después (hacia el 58) casi siempre en el Asia menor, y residía en Éfeso. Allí formó muchos discípulos, entre otros a Papias, obispo de Hierápolis; a Ignacio, obispo de Antioquía; a Policarpo de Smirna, que permanecieron invariablemente unidos a este testigo de las obras del Señor. Después de haber mucho tiempo dirigido las iglesias del Asia anterior, fué conducido a Roma en el reinado de Domiciano (81-96). Este emperador, que se hacía llamar Dios y Señor, persiguió al Cristianismo, ya porque le tuviera por una mezcla de incredulidad y superstición judaica, ya por rivalidad política y por consecuencia de las ideas inexactas que se había formado del Mesías, ya en fin, por avaricia, a la cual hallaba pábulo en la confiscación de los bienes pertenecientes a los acusados.

El número de personas ricas y considerables que habían abrazado la doctrina cristiana, iba creciendo. Entre ellas se hallaba un pariente

del emperador, el antiguo cónsul T. Flavio Clemente, y su mujer Flavia Domitila; aquél fué condenado á muerte, ésta desterrada. Esta persecucion hizo además numerosas víctimas en Roma y las provincias del Asia Menor, entre otras Antipas de Pérgamo¹. Domiciano, tirano receloso, hizo que trajeran á su presencia desde Palestina á dos descendientes de David (nietos de Júdas, hermano del Señor), que probaron su inocencia mostrando las manos endurecidas con los trabajos del campo. Otros miembros de la familia de David fueron condenados á muerte por orden suya. El Apóstol San Juan, sumergido en una caldera de aceite hirviendo en Roma, salió intacto de ella, y fué desterrado á la isla de Patmos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 49.

Las órdenes dadas por Domiciano para su propia apoteosis están atestiguadas por Suetonio, in Domit., c. xiii, 18; Plinio, Panegyrr., c. xxxi, 52. Su persecucion, Xiphilin., in epit., Dion. Cas., lxxvii, 14; Tertul., Apol., c. iv, v; Clem. Alex., I; Cor., c. vi; Euseb., Chron., lib. II; Ol. 218; Hist. eccl., III, 17 et seq.; Oros., VII, 10; Acta martyri. S. Ignat., c. i; Hier., Ep. xcvi, al. 27; Quellius, Prolusio de persec. Domit., Frider., 1763 (lo mismo, Prol. de persec. Neron., ibid., 1762). Sobre los descendientes de David enviados á Roma, Heges., ap. Euseb., V, 21; Iren., III, iii, 4; Eus., III, xxiii. El relato de Tertul., Praescript., c. xxxvi; Hier., Contra Jovin., I, 26; Com. in Matth., xx, 22. El martirio de San Juan en Roma « ante portam Latinam » (en 6 de Mayo), es admitido por varios protestantes, y entre ellos por L. Mosheim, Diss. hist. eccl., vol. I, p. 497.

50. Escribió su *Apocalipsis* (hacia el 96) bajo la impresion de las persecuciones presentes y de las que preveía en lo futuro. Describió el poder del Cordero inmolado, las aficciones de los fieles, los castigos reservados á sus perseguidores, y el triunfo final de la iglesia militante, con imágenes sacadas casi siempre de los Profetas del Antiguo Testamento. Las siete cartas á las iglesias del Asia Menor, colocadas al principio, pintan la situacion, los peligros de estas iglesias y de sus obispos. Las visiones siguientes pintan las pruebas de la iglesia sobre la tierra, con la perspectiva de los esplendores de la iglesia triunfante. Señala, con cifras simbólicas, tres periodos en el desenvolvimiento del reino de Dios y del juicio que resplandecerá sobre sus enemigos: 1.º, el periodo de las persenciones actuales del paganismo (tres años y medio, la mitad de la cifra 7); 2.º, el de la victoria externa de Jesucristo, durante el cual Satanás sería ligado, y suspendido su poder sobre los principes de este mundo; 3.º, el periodo durante el cual Satanás aparecerá con nuevo poder, y en que el órden actual del mundo será destruido. A

¹ Apoc., II, 9.

los confesores afligidos de Jesucristo y á los que les sucederán en gran número, el ilustre vidente abre las perspectivas de la Jerusalem celestial, de la esposa resplandeciente del Señor, de la Iglesia en el seno de su triunfo, allí donde no habrá ya aficcion ni dolor¹.

Este libro profético, que pone término á las Escrituras del Nuevo Testamento, es una historia velada, figurativa de la Iglesia de Jesucristo; historia que no será bien comprendida sino despues de la consumacion de todas las cosas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 50.

Iren., V, xxx, 3; Sulp. Sev., II, xxxi, p. 85: « Quo tempore (Domit.) Joannem ap. atque evangelistam in Pathmum insulam relegavit, ubi ille arcanis sibi mysticis revelatis librum sacrae Apocalypsis, qui quidem a plerisque aut stulte aut impie non recipitur, conscriptum edidit. » La autenticidad del libro es atestiguada por Justin., Dial. c. Triliph., p. 297, ed. Sylb. Com. Euseb., IV, 18; Meliton de Sardes, en su obra sobre el Apocalipsis de San Juan, Euseb., IV, 26; Hippolyt. (ap. Hier. in Catal., cap. lxi; J. Synell., p. 358, y en Roma por una inscripcion en mármol. Véase Lucke, Einl. in die Offenb. Joh., p. 317 y sig.; Commentar. über das Joh.-Ev., I, p. 77; Fragm. Murator.; Clem. Alex., Strom., VI, 13; Paed., II, 12; Orig., ap. Eus., VI, 25; Apol., ibid., V, 18; Aug., Civ. Dei, XX, 7-9. Comp. Dellinger, p. 115-125.

51. Cuando fueron anulados por Nerva (96-98) los actos de Domiciano, su predecesor, y los desterrados pudieron volver, San Juan se encaminó á Éfeso, en edad muy avanzada. Murió reinando Trajano (100 ó 101).

San Juan combatió enérgicamente la herejía de Cerinto, con el cual no quiso habitar ni un solo momento bajo el mismo techo, porque le tenia por enemigo de la verdad.

Con el fin de combatiro y de completar las antiguas narraciones, publicó principalmente su Evangelio en Éfeso hacia el año 97; acaso lo había escrito ya de antemano en parte; cedió á la invitacion de muchos Obispos y fieles, á los cuales había encargado un ayuno de tres días antes de publicarlo. Su narracion supone evidentemente los otros tres Evangelios; pone más precision en el órden cronológico, y más viveza en la narracion; hace resaltar los discursos que el Señor pronunció en la capital de los judíos, y trata principalmente de su divinidad. En una sublime introduccion, que se ha comparado felizmente con el vuelo del águila, enseña la doctrina del Verbo que estaba en Dios y era Dios mismo, el cual se hizo carne y habitó entre los hombres.

En la continuacion de su Evangelio nos muestra al Hijo del Padre

¹ Cons. Hebr., xiii, 14.